

fetichismo

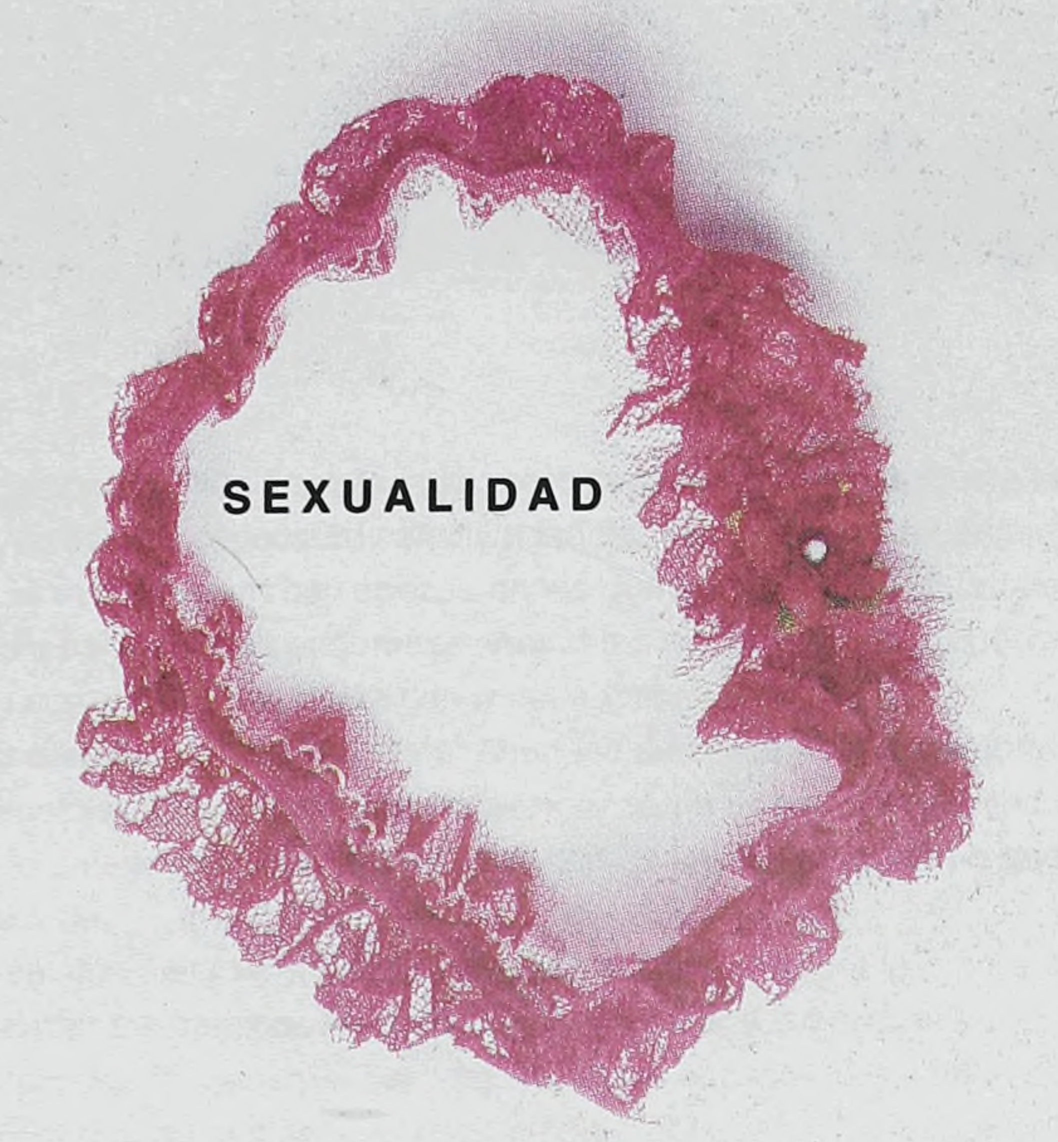
LAS/12

MUJERES EN PÁGINA/12
4 DE AGOSTO DE 2000
AÑO 3 NÚMERO 121

El rescate de Grete Stern

La tensión de los médicos

Sybilla, diseñadora duende



No se sabe si el fetichismo está en vías de extinción o de democratización. Los viejos fetiches, esas cosas, esos fragmentos de cuerpos, esas fijaciones excitantes, han salido del registro perverso y han invadido alcobas matrimoniales o, por lo menos, de parejas estables en busca de satisfacción. ¿No hay fetiches o no hay más que fetiches?

esas *cositas*

POR **MARIA MORENO**

A ver. Muéstreme la bombacha. ¡Qué es eso! ¿No es demasiado grande para usar bombachudo? Con esa trusa nunca va a haber tiroteo–. La empleada ha desplegado sobre el mostrador tangas con una cerradura bordada al frente, bragas de piel de tigre falsificada con lycra, abiertas por detrás con un sistema de lazos a la manera de la mejor corsetería del siglo XIX. La cronista le ha explicado que quiere ver prendas que pudieran formar parte de la iconografía del fetichismo. La empleada sospecha que se trata de una casada deprimida que acaba de leer algún manual de autoayuda del tipo *Cómo hacer el amor con la misma persona y durante toda la vida* e intenta seguir las instrucciones. El stock no supera nada que no haya sido concebido en el período histórico –principios de siglo– en que unos aventureros en estado de ebullición iban a parar a la sombra por haber querido sustituir a una mujer por su portaligas, su guante y su pañuelo alcanzando, mediante esta forma particular de misoginia, éxtasis insospechables y privados. Los manuales diseñados por los psicopatólogos establecían rígidos parámetros entre el fetichismo normal y el anormal: "Normales: partes del cuerpo normales: mano, pie, pechos, nalga, cabellos, secreciones y excreciones.

Anormales: estrabismo, cojera, señales de viruela." El fetichista era un *degenerado* que era capaz de matar por obtener su prenda de excitación. Los había caprichosos: sólo llegaban a la eyaculación lamiendo ropa de cama de niño o pañuelos a cuadros blancos y negros. Los había coleccionistas como un tal N.K. que figura en *Psicopatía sexual*, de Hartwich y V. Krafft Ebing, que coleccionaba rodajas de chorizo de todos los países, y las conservaba en alcohol, cada una en un nicho colocado dentro de una vitrina y con su correspondiente rótulo que informaba sobre su procedencia y adquisición. Los había masoquistas con un toque de jactancia como uno que se vanagloriaba de haber sido pisoteado por más de cien mujeres de las cuales 80 no eran prostitutas y cuyo zapato había idolatrado. Hoy el fetiche parece tan naturalizado que casi nadie le presta atención: se lo compra sin saber nombrarlo, se lo explota en la alcoba matrimonial y no en el quilombo, se le extrae al pecado y se lo inserta en las recetas para hacer duradero una pareja.

Según la narrativa psicoanalítica en clave freudiana, el niño pequeño no conoce la diferencia de los sexos y cree que la madre tiene pene. Al comprobar que no lo tiene su mirada hace una suerte de desplazamiento que le permite conservar la creencia en que la madre tiene un pene y al mismo tiempo la prueba de que no lo tiene. Es por eso que el fetiche más común suele situarse de la cintura para abajo capturando objetos que una mirada culpable encuentra al bajar la vista: las medias y los zapato son los más frecuentes. El escritor y psicoanalista Luis Gusmán detalla: "En una serie de objetos alguien va a recortar uno como único y particular. En términos de desplazamiento y metonimia del cuerpo. Esa parte puede cambiar, pero va a pertenecer en términos estructurales al cuerpo de una persona. Para adquirir el valor de fetiche tiene que recortarse como único e individual y cumplir una función de excitación. Es algo tan recortado que tiene que ser *esa* media, no cualquier media. Y hay un ritual de eso que se conserva con todas las excrecencias, se lava, sea una prenda de Caro Cuore o Vanity Fair. Y otra cosa muy particular es que no es compartido por el partenaire. El fetiche es arrancado a la circulación social y es secreto. No es del orden de un juego en común o de una reciprocidad. Tiene que ser único, secreto e insustituible. No es que haya patologías que desaparecen sino que hay patologías que se crean culturalmente".

Por otra parte, Norberto Inda, que organiza grupos de reflexión sobre la condición masculina, sintetiza algo más en la pedagogía del fetiche: "Lo que define el fetichismo es un goce sin coito y sin mujer. La perversión quedaría del lado de los preliminares donde desaparece la consumación".

Hombres y mujeres suelen erotizarse con adornos y partes del cuerpo. Las ofertas de Internet probablemente sean consumidas por neuróticos más o menos imaginativos que sólo figuran en las descripciones de la clínica psicoanalítica y no en el prontuario de las cárceles o los legajos manicomiales. El psicoanalista Germán García solía ser muy claro cuando daba clases de psicoanálisis: "Neurótico es el que te dice ponete las medias caladas. Perverso es el que te dice dejá las medias y andate al cine".

VITRINAS INTERIORES

–Un pene para la portadora y otro para su pareja –describe Roberto, uno de los dueños de Extasy, un sex shop ubicado en una galería del Once. Al igual que la empleada de la mercería no cree que la cronista esté interesada en investigar sobre fetichismo y, considerándola como una clienta potencial , recita las ventajas de la sección Accesorios de su catálogo: El Joy Finger, el Jumbo Silver, el Adonis Punch, tecnología de punta en consoladores que incluye al ecológico e hiperrealista Pepino. La *lencería of Hollywood* es sólo un anexo de su negocio cuyos percheros exhiben trajes de pantera, odalisca, colegiala, conejita o novia en donde el capitalismo ha convertido las tocas, las cofias, los velos y las orejas en meros símbolos reducidos a una artesanía mínima donde el exceso de nylon convierte el uniforme en inflamable. ¿Cuántas mujeres se atreven a entrar solas a un sex shop? "Así como usted –dice Roberto–, el 5 por ciento."

Angie trabaja doce horas en un departamento del microcentro. Recibe a la cronista en bata Caro Cuore de satén rosa. Aceptó la entrevista luego de que, por teléfono –y quizás porque el radar laboral se le apagó al escuchar una voz femenina– se le escapara una confidencia: "Estamos todos flexibilizados, porque si no, a esta hora hace un par de años podías llamar y llamar y llamar..." El lugar es despojado aunque se intuye que la escenografía debe estar en el placard que no abre como indicando con precisión lo que de la cortesía corresponde al ámbito de la cotización. "La decoración soy yo", dice. Cuando está trabajando se limita a recibir en *catsuit* de encaje ya que su aviso en el rubro 59 de *Clarín* ofrece "alta tensión". O tanga con cierre al frente o una mini de látex que se frota con aceite, el resto del cuerpo desnudo. "Lo que no me gusta es cuando voy a un negocio a comprar, me copo con algo y me dicen que otra chica se llevó lo mismo que yo. Por ejemplo a mí me encanta el body de aros, pero lo tiene todo el mundo. Al body de aros vos lo querés enseguida si sos flaca y no estás veterana, pero se te corta cuando el cliente entra a fantasear. Ya sabés". No, la cronista no sabe. Angie explica que hay clientes a los que les gusta "hacer el perímetro". Jugar con la resistencia de la prenda, "picarear" metiendo el pene por las tiras del body de aros que ella niega haber comprado en Extasy por haberlo traído *directamente de EE.UU.* o entre los hilos del *body araña* que sí compró en Extasy. No entiende la palabra fetichismo. "Cosas raras, no", repite mecánicamente mientras mira su celular que durante los veinte minutos que duró la entrevista estuvo en silencio. La velocidad es importante en su



oficio: la fantasía debe ser prêt à porter. Porque los clientes vienen a la hora del almuerzo en la oficina o antes de volver a su casa. Leona, Tigresa, Geisha fast food, es su catálogo.

–Sí, "geisha ardiente" sale en la promoción y después el cliente llega y se encuentra con un luchador de Sumo ardiente. Así que tiene que competir con la ropa –se ríe Lohana Berkins, militante travesti.

Angie, como Roberto, por momentos habla haciendo alusiones a lo tímida que puede ser la clientela. Ya a ella le dijeron muchas veces que sólo querían hablar para hacer una nota y después se ablandaron. Mira fijo sugiriendo que lo de la nota es una excusa. Cuando se le explica que saldrá el viernes 4 de agosto en el suplemento **Las/12** de **Página/12** se desilusiona.

–Una vez estuve en lo de Fany Mandelbaum –ofende.

¿ELLAS FETICHISTAS?

Freud decía que no había fetichismo femenino. Pero un tal Shuring, autor de un libro titulado *Espermatología*, afirma que conoció a una dama belga que guardaba en un cofre de plata el pene de su marido, arrancado furtivamente durante el velorio de éste. Reducido a polvo, lo utilizó como producto de utilidad cosmética. La clínica psicopatológica habla de mujeres que alcanzaban el orgasmo refregándose pieles por todo el cuerpo como un personaje de la Coca Sarli, pasando los dedos por terciopelo o seda, un fetichismo que al revés del de los varones no las llevaba a prisión, a lo sumo acababa con la paciencia de los tenderos. Salvo un caso presentado por el doctor Krafft-Ebing: "La última vez sustrajo un corset de seda exhibido en la vidriera de un negocio del ramo. No es capaz de resistir la tentación de hurtar esa tela. Las cintas, faldas y corsés de seda la atraen particularmente. Cuando oye el crujido de la seda siente un extraño cosquilleo en la punta de los dedos. Entonces no puede resistir; cuando lucha contra su impulso llora y experimenta una sensación de agotamiento."

Alberto comparte con Jorge un mismo nombre (Augusto) para avisar en los clasificados de *Clarín*: "Potro de ojos celestes", dice que se describió por algún tiempo." Era un punch publicitario. Pero ahora lo de Rodrigo con lo de Favaloro ya se fue al descenso." Su especialidad son mujeres y swingers. Dice que ellas no le piden nada raro, salvo que las corteje. Que finja que "no hay plata entre los dos". Pero que se vienen producidas para la ocasión: una tanga con cerradura, un body. La mención del slip con pechera y moñito de mayordomo o trompa de elefante que figuran en Extasy le generan un amago de violencia. "¿Vos en qué mundo vivís? Porque una nena no sos. Eso es para los giles a los que ya no les pasa nada y a falta de otra cosa ante la mina tienen que pelar un chiste."

Evidentemente hay un pase del fetiche de la trabajadora sexual a la amante y de la mujer biológica a la travesti. Roberto dice que, cuando los ómnibus destinados a tours de compras se detienen en el Once, algunas señoras se alejan unos pasos de las camperas de cuero y de los joggings infantiles que saturan las vidrieras de la calle Bartolomé Mitre, se meten en la galería de bajo perfil y golpean la puerta siempre cerrada de Extasy. "Después vienen parejas de mujeres. Me doy cuenta por la conversación. Y porque una es el hombre y la otra, la mujer. Hablan si esto es así o asá, si te va a quedar o no te va a quedar." E insiste con las virtudes del *doble dung*, de pene doble. Y resulta fácil imaginar la felicidad de una matrona provinciana a la que la cultura global y a través del tour de compras ha dado acceso al *chanchi* o al *dunga dunga*, juguetes sexuales de cancha con animalitos en posiciones escatológicas, a las esposas de peluche o al *hoty cock*, vibrador que luego de 20 segundos de horno microondas se pone *a temperatura erótica*. Pero toda esa juguetería no es más que una inocentada, lo que en la alcoba se cuela del baile de egresados.

Según Norberto Inda el fetichismo no es una recurrencia en el consultorio:

–Creo que la convocatoria a través de la lencería viene por el lado de las travestis con su montaje de la hipermujer. Obviamente no se trata como en 1910 de la media con olor, de todo lo que evocara el ámbito de las putas. Ahora hay un contimuum más facilitador. Entonces puede ser una parte del propio cuerpo donde se pueda tocar el músculo más duro, más rígido, más grande, lo que erotice. Porque lo que hay es una legitimación del goce del propio cuerpo y el del otro adonde varones heterosexuales cursan vías lateralizadas de la homosexualidad que sigue siendo un tabú. Lo que sí sigue funcionando es el cliché de la estabilidad con la salida con mujeres más locas o más chanchas.

Lo que hay hoy es una fetichización de la computación como fin en sí mismo. La de ciertos objetos completando a uno que no podrían no existir.

Freud decía que no había fetichismo femenino. Pero un tal Shuring, autor de un libro titulado *Espermatología*, afirma que conoció a una dama belga que guardaba en un cofre de plata el pene de su marido, arrancado furtivamente durante el velorio de éste. Reducido a polvo, lo utilizó como producto de utilidad cosmética.

ZAPATITO DE RASO

Para Freud el fetiche es metonímico, un bajar la vista ante el lugar donde el perverso polimorfo creía el falo materno: de ahí la preponderancia del pie y su cebo en forma de estuche, el zapato. El pie es también eso que se asoma a un borde peligroso que permite dar el mal paso. Lo que corre el peligro de pisar el barro, en la desubicación del "meter la pata".

Restif de la Bretonne, periodista, escritor y fetichista decía que amaba los zapatos de dama porque 1) no se parecen a las botas de los hombres y ejercen, por lo tanto, una fascinación sexual; 2) aumentan los encantos de la pierna y del pie; 3) dan al andar carácter menos pesado y más ligero al paso, y 4) conservan limpios los pies.

George Bataille advierte en el pie una vertiente peligrosa, es aquello que nos separa del mono por un dedo, exactamente el gordo. Está en contacto con el desecho, la tierra que oculta el peso de los muertos, va en dirección contraria a lo elevado que, se crea o no en el cielo, siempre tiene el espacio imaginario del arriba. El rostro, la cabeza serían lo más humano; el pie separa del mono por una simple cuestión de ángulo. En su ensayo "El dedo gordo", publicado en su revista *Documentos*, interpreta ese odio del hombre a una de sus partes, el pie, en la obsesión por ocultarlo y achicar su dimensión. Y relata el pudor del pie en la España del siglo XIX donde su simple asomar por el borde de una pollera era tan indecente para su dueña como para el que pudiera entreverlo. Y que el conde de Villamediana, enamorado de la reina Isabel, llegó a incendiar una casa para tener el pretexto de tomarla entre sus brazos, menos para salvarla que para tocarle el pie. Entonces el rey ejecutó él mismo al conde con un tiro de pistola.

Los escritores argentinos de la generación del ochenta tienen el fetichismo del pie, lo que podemos considerar, más allá del plano erótico, un indicio más de que la nación rubricaba hasta en los deseos que llevaban

al lecho, su independencia de España. Eugenio Cambaceres describía con voluptuosidad en su novela *En la sangre*:

"La pollera estrecha, caída simplemente, sin adorno, perdida la pasada masa de su pelo negro, bajo el ala de un sombrero de paja oro antiguo y terciopelo. Dejaba ver el pie coquetamente, entrever, presentir más bien, al caminar, el nacimiento de la pierna en la seda violeta de sus medias." O "Se había sentado; iba a ponerse las medias. Al cruzar una sobre otra las piernas, alzándose la pollera, mostró el pie, un pie corto, alto de empeine, lleno de carne, el delicado dibujo del tobillo, la pantorrilla alta y gruesa, el rasgo amplio de los muslos y al inclinarse, por entre los pliegues sueltos de su camisa sin corsé, las puntas duras de sus pechos chicos y redondos." (*Sin rumbo.*)

En *Brillos* de Luis Gusmán, un fetiche crece al tamaño del seno materno en la película de Woody Allen *Todo lo que usted quiso saber acerca del sexo y no se animó a preguntar*: "La escena siempre es la misma: su mujer desnuda en la cama y el hombre hincado chupándole el dedo gordo, ella con la cabeza para atrás, gozando, reclamando insistentemente 'chupame el dedo gordo'. Ese dedo regordete y esmaltado. Lo sorprendió el secreto, el descubrimiento de ese dedo juguetón y mancillado, y la pose siempre termina así: un hombre de hinojos ante una flor abierta como una horqueta". "Un día entró a la pieza y vio a *La Deda* frente al espejo". Luis Gusmán define su fetichismo como una posición estética: *La Deda* es una criatura de lenguaje, no el sueño desproporcionado de un fetichista.

"Yo soy bastante fetichista, voy a la casa de los escritores, saco fotografías. Pero no se trata de un objeto único insustituible. Lo que hay es para gente de cierta edad, una determinada iconografía. La obra de Lugones está influenciada por todos los objetos que circulaban en el modernismo. En la obra de Felisberto Hernández hay una mezcla de fetichismo y animismo. En mis libros hay algo que es del orden del fetichismo y algo que es del orden del exvoto. El exvoto es una parte del cuerpo, la carta de amor es una prueba; la prenda, un recordatorio; el talismán, un conjuro. En *Brillos*, sobre todo está la influencia de Gombrowitz porque en su obra hay una lógica de las partes. En *Cosmos*, por ejemplo hay algo que va de la sonrisa al gorrión, del gorrión a la flechita y de la flechita al palito. Es una lógica paranoica donde todo hace signo de otra cosa. En el fetichismo, en cambio, no hay signos de nada". Gusmán colecciona fotos de epitafios que proyectó en una fiesta a la que concurrieron" viudas y odaliscas (las viudas estaban disfrazadas; las odaliscas eran las encargadas del show). Todo un argumento en torno de la muerte. Y una mezcla de ritual privado y ambientación en un tiempo donde la fiesta parece agonizar, pero, si lo hace, lo hace del lado del arte. La industria del cine no dejó de explotar el fetichismo del calzado y cuando Luis Buñuel eligió zapatos con hebillas cuadradas de plata para la protagonista de *Belle de Jour* (Cetherine Deneuve) estaba realizando un gesto de especialista: las hebillas son usadas tanto por los empleados con o sin librea como por los altos mandos de la Iglesia. De este modo simbolizaba la doble vida de la protagonista, dama de día y criada de noche –en los placeres del amor–.

La bellísima Greta Garbo no pudo darse el lujo de la mayoría de sus colegas de mostrar sus pies: la cámara debía ocultar cuidadosamente sus "canoas de desembarco", medida 40 y atenuadas en un calzado de escote profundo cuyo taco carretel nivelaba su altura de larguirucha. Las patudas locales y que no son Greta Garbo hoy pueden poner sus pies en el mercado de los encantos con sólo concurrir a Tootsie, una zapatería fetichería cuyas vidrieras ocupan toda





la esquina de Godoy Cruz y Charcas con sus piezas recubiertas de chintz, canutillos o leopardo sintético que se rematan en un taco acrílico de diez centímetros. También están en vidriera las botas-medias de hule que llegan casi hasta el sexo -cualquiera que sea–, las bordeadas de piel que citan a las que usaba la Venus de las Pieles inventada por Sacher Masoch y unos abotinados de modesto taco carretel que evocan a los que usaba Alfredo Barbieri en la película cómica *La tía de Carlos*. En un costado hay un apartado lencería con los clásicos: medias siliconadas, bustiers transparentes de puntilla o gasa, uniformes de mucama, enfermera de la Cruz Roja o Mamá Noel.

"Claro, cuando empezamos pensamos en las travestis, las *drags queens* de show, los gays que se montan de mujer para una fiesta –se sorprende el diseñador y dueño de Tootsie Rubén Forcatto (By Forcatt) que internacionaliza la marca exhibida en la vidriera–. Porque yo viví mucho tiempo en Italia adonde hay muchos lugares como éste. Pero después empezaron a aparecer las *normales*, chicas que calzan de 40 a 43.

–Tenemos de cliente a todas las de la selección de voley. Somos abiertos: cada persona tiene sus fantasías. Hay un vestidor VIP donde cada uno se puede probar lo que quiera. ¿Tímidos? Hay tipos que rondan y rondan la vidriera y no se atreven a entrar. Un gay, en cambio, es transparente, te va a decir siempre la verdad y va a ir de frente. Sabe lo que quiere. El drag no tiene ningún problema. Mismo las chicas que trabajan en un departamento privado".

UN HILITO DE SANGRE

La psicopatología de principio de siglo registra al delincuente erótico, pero de profesión respetable que se pierde por robar un delantal húmedo de la soga de colgar la ropa, al cortador de trenzas que, sin un cobre a causa de su vicio, asalta a mano armada una casa de venta de postizos para hacerse de un rodete compuesto por bucles pelirrojos. También enuncian la delgada frontera que separa en ciertas escenas el fetichismo del masoquismo, aunque los psicoanalistas coincidan en que no hay perversiones químicamente puras. El Dr. Havelock Ellis detalla en su *Psicología Sexual*la escena preferida por un hombre al que le gustaba dejarse pisotear: "El pisoteamiento debe durar unos minutos y aplicarse al pecho, vientre y empeine. Y por último el pene, el cual, por lo demás, descansa sobre el vientre en violenta erección y, por lo tanto, está demasiado duro para que le hagan daño los pies. También disfruto al ser casi estrangulado por el pie de una mujer. Por último, si la dama se queda en pie, frente a mí, y coloca su zapato sobre mi pene, de suerte que el tacón caiga sobre el punto en que el pene se separa del escroto y la suela cubra la mayor parte del órgano y coloca el otro pie sobre el vientre en el cual pueda ver y sentir cómo se hunde al descansar ella sobre uno y otro pie alternativamente, el orgasmo se produce al momento". Otros cultores de esta técnica la describen elogiando su función utilitaria: el taco en la base del escroto retiene la afluencia del semen, la habilidad de la partenaire consistiría en mantener un cierto ritmo entre pisar y soltar. Lohana Berkins, aguda socióloga espontánea, dice que no confía en los riesgos de la práctica: "En mis grandes giras prostitucionales he visto poco de eso. Había un cliente famoso en todo Jujuy al que le gustaba el zapato cuanto más grande mejor. El no te desvestía, te agarraba el pie y te lo besaba. Y, si era un 45, llegaba al éxtasis. Una vez otro cliente me pidió que le caminara encima con los tacos aguja, que me hundiera en él como si fuera una alfombra. Te imaginás, con mi altura y con mi peso lo rompía todo, lo hacía pedazos y después iba presa por criminal. Me negué rotundamente". Angie dice que sí, que lo hace de vez en cuando, pero porque pesa 55 kg. "Y sólo con potros", se jacta un poco ya que su clientela suele pasar los 40 años. "Es porque al hombre le da más placer. Se inflama todo. Hay que saber soltar porque lo volvés loco. El tipo que me lo podía estaba copado con que le tapara el pene con el zapato. O sea, no era tanto por el orgasmo. A mí me palpitaba que lo que le gustaba era que yo desde arriba lo mirara como si no supiera que él era nena o varón, porque se lo tenía que tapar. Era fácil. Bueno, no era muy dotado". Angie ha pescado a un ilustrador del cuento freudiano del fetichismo: el fetiche (zapato) tapa el pene como si éste no existiera para conservar la negación de la diferencia de los sexos. Pero también aclara que el cliente en cuestión pedía todo: la enfermera, la maestra, la conejita y la estudiante. Caminar desnuda con cofia o con sandalias romanas o con delantal. "Una vez, como era fijo, tuve que pedirle un viático de lencería".

Y el zapatero diseñador Forcatto que es *muy abierto* se asombra de que de tanto en tanto sus clientas travestis le cuenten la función multiuso de los tacos de acrílico de Tootsie: "Les sale sangre de la espalda y los tipos recontentos".

En la era del hard core sexual, de los asesinos seriales que incorporan el fetichismo coleccionando los calzoncillos de las víctimas, de la prostitución infantil, del todo por dos pesos erotizado, el fetiche como secreto, único e insustituible parece una pieza que merecería figurar en el museo junto a la locomotora La Porteña.

–¿Qué género le corresponde a esta época? –se pregunta Luis Gusmán– ¿El drama, La tragedia o la farsa? Lacan, cuando habla de Sade, habla de la caricatura del poder, de la de tres tipos que van a un prostíbulo, uno se disfraza de cura, otro de general y otro de juez. Las tres instituciones de *Psicología de las masas*. Lacan dice que es una farsa. Como si dijera "yo no confundo la función con el cargo". Pero se puede ser un juez y confundirse con la ley. Un perverso toma el cargo por la función. Lo importante en la farsa es la participación del público. Entonces las llamadas por radio: *te comunico*, te cuento, te escucho. Se participa de una farsa absoluta donde gozan unos pocos."

El fetiche es esencial a la farsa. Como todo clásico se desplaza, se fuga de un cuerpo a otro, de la cama santa a la clandestina como una horquilla, un guante, una botita, una liga, pero nunca muere. Qué suerte.



ADRIAN PEREZ

LOCOS Y ENLOQUECEDORES

POR JULIANA MARINO *

Ya la Constitución de la Ciudad de Buenos Aires (1996) había abierto el camino con su disposición acerca de la "singularidad de los asistidos y su condición de sujetos de derecho, la desinstitucionalización progresiva y la creación de una red de servicios y de protección social". Ya la ley Básica de Salud (1999) avanzaba sobre modalidades alternativas de atención y de reinserción social, y garantizaba la permanencia de los profesionales e infraestructura existentes. ¿Cuál era entonces la necesidad de una ley de Salud Mental?

Desde siempre, desde niños conocemos que hay locos y a dónde se los encierra, luego descubrimos que hay también enloquecedores escondidos en una sociedad que aún le tiene miedo y bronca a la locura, y más tarde comprendemos que, a pesar de su aceptación al psicoanálisis, a conceptos como neurosis, superyó, subconsciente, etc., esta sociedad permite que los padecimientos mentales ocupen entre nosotros el lugar del prejuicio, de la inacción, cuando no del menor presupuesto o la escasa planificación.

Una gran tentación asola las grandes ciudades, la de creer que sus principales problemas son los del tránsito (que efectivamente enloquece a cualquiera), los de la basura o qué hacer con sus riberas. Suele pensarse a las urbes como proyectos arquitectónicos exclusivamente, sin querer ver que constituyen, sobre todo en épocas de crisis, el lugar que más reproduce soledad, aislamiento, depresión, abandono, angustia, psicopatías.

Por todas estas razones y algunas más, porque los graves problemas de sociedades tan complejas como las actuales pueden devolvernos el fantasma del control social, porque el debate acerca de la presencia del Estado adquiere en este campo una importancia especial, esta ley era necesaria. A pesar de sus núcleos no resueltos, a pesar de no ser taxativa en materia presupuestaria, a pesar de no avanzar en la fijación de metas, entre otras falencias, en mi fundamentación la califiqué de "preciosa". No en el sentido de linda sino de "piedra preciosa", porque es el resultado de un debate áspero entre escuelas, corrientes, instituciones, corporaciones, asociaciones de profesionales, sindicatos, etc., y en un mundo de actores sociales que se neutralizan, haber logrado un producto aceptablemente progresista, respetuoso de una idea de cambio a construir, no es poca cosa.

En el camino histórico institucional en materia de salud mental desde aquel Plan Goldemberg de 1966 que creaba una red de centros comunitarios hasta la transferencia a nuestra ciudad sin presupuesto de los neuropsiquiátricos, y finalmente en 1996 la creación definitiva de la Dirección de Salud Mental de la ciudad, los servicios y centros fueron creándose en forma anárquica y sin planificación, y en todos los casos con el esfuerzo y el voluntarismo de los profesionales.

Por este motivo, esta ley constituye un marco de referencia, el punto de partida de una voluntad política puesta al servicio de una concepción de Salud Mental que la reconoce como "inescindible de la salud integral", "determinada histórica y culturalmente por su sociedad", y asegurada por el "Estado como garante y responsable del derecho a la salud mental individual, familiar, grupal y comunitaria".

En términos más específicos pero emblemáticos, sin duda es de singular trascendencia el principio de la ley que sostiene que "la internación es una modalidad de atención aplicable cuando sean posibles los abordajes ambulatorios", y todo el capítulo referido a internaciones donde se fijan procedimientos claros para el seguimiento de las personas que requieren este tratamiento. Junto a la red de acción social que debe servir de soporte a la estructura de salud, estos mecanismos van a garantizar que ningún lugar vuelva a convertirse en los asilos que queremos erradicar y que los profesionales de esas instituciones ya están dejando atrás.

Todos tenemos que hacernos cargo de esta ley, por lo tanto es importante que podamos fijar el año 2000 como el del comienzo de una transformación en el sistema de salud mental de la ciudad, que organice sus metas para la década que comienza y que sea capaz de convencer a los decisores políticos acerca de que el trabajo en las áreas sociales exige personal suficiente y el presupuesto necesario, y que éstas son políticas sustantivas que permiten ahorrar recursos económicos y mucho sufrimiento a los únicos que deben ser objeto de nuestra preocupación, las niñas y los niños, jóvenes y mujeres y hombres de nuestra Buenos Aires y del área metropolitana.

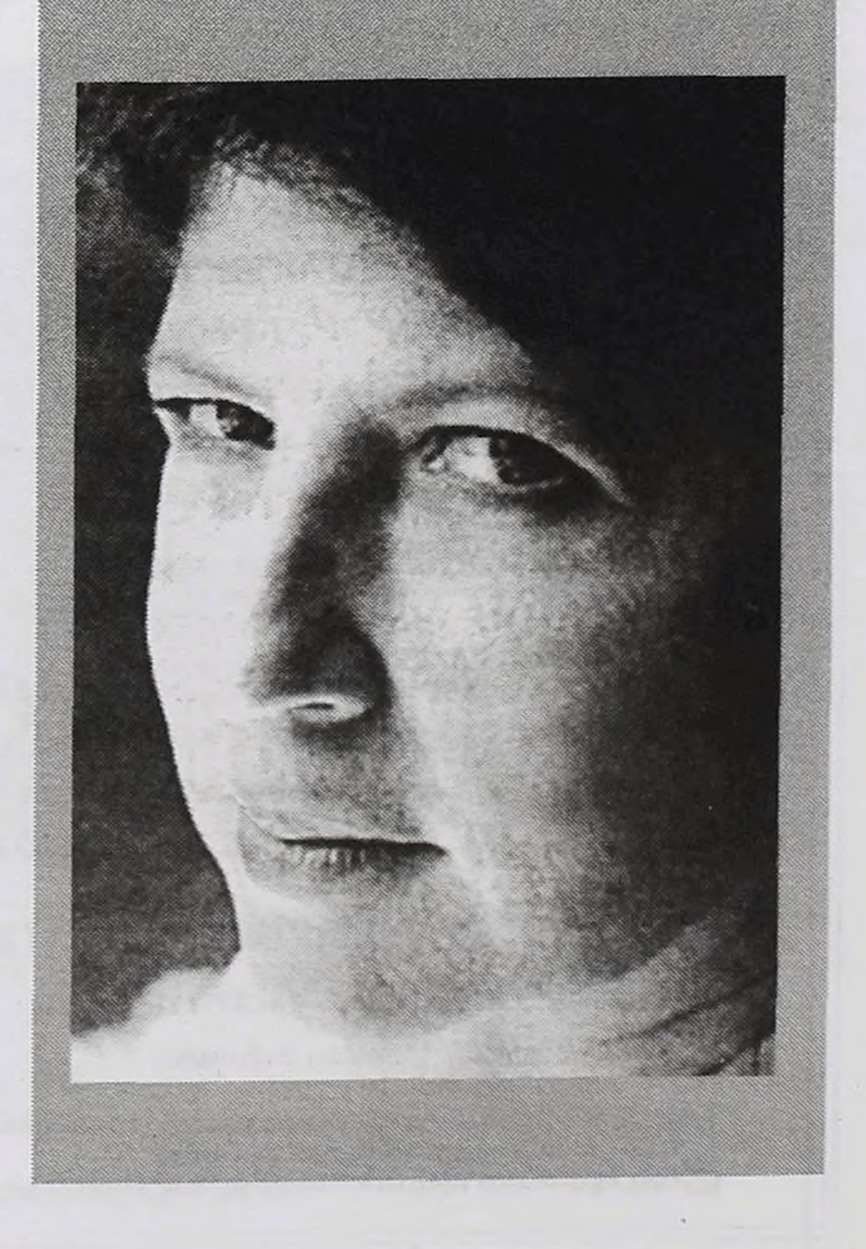
Como mujer y dirigente política de esta ciudad siento una enorme satisfacción colaborando con los colegas de esta Legislatura a elevar la visibilidad y la proyección de políticas que, como la ley de Salud Reproductiva –de reciente sanción– o esta ley de Salud Mental, colocan en las urgencias legislativas normas que tienen que ver con la vida misma, que constituyen una interesante batalla política para ganarle al reduccionismo economicista, a las estadísticas inertes y a la idea de ciudades vacías y desalmadas.

* *Legisladora de la Ciudad de Buenos Aires.*

RAMOS GENERALES

LA SEÑORA MINISTRA

Tiene 50 años y el apoyo del 66 por ciento de la población. Se trata de Martine Aubry, la vicepresidenta francesa, es decir, una de las responsables de la drástica reducción del desempleo en que derivó la aplicación de la semana de 35 horas laborales. Le molesta que sus enemigos la llamen "la mujer de hierro del gobierno" (la hiere a nivel personal), y es consciente de que, para lograr su próximo objetivo, debe dulcificar su imagen. Es que Martine pretende suceder a Jospin en el 2002, en caso de que el primer ministro logre desbancar a Chirac de la presidencia. Lo que se dice tener ambición y estar por buen camino. Juzguen, si no, sus palabras: "Lo que diferencia al socialismo del liberalismo es un cierto voluntarismo. Estamos convencidos de que la sociedad puede cambiar y de que el político tiene margen de maniobra para mover las cosas. Moverlas de acuerdo con los valores socialdemócratas de una sociedad más igualitaria, más libre, más solidaria, pero esto no quiere decir que nos situemos fuera del marco económico mundial. Lo que hemos intentado en estos tres años es mostrar que podemos construir a la vez una sociedad más solidaria y una economía de mejores resultados. La política social no tiene por qué ser un gasto. Puede ser una inversión para la economía. Creo que ésa es la doctrina Jospin y la nuestra. No hay una política social que ignore la economía. Es una articulación entre la política económica y la social. El mercado es irremplazable en el terreno de la competencia porque aporta iniciativas y eficacia, pero sabemos que el mercado no es el todo de la sociedad. Por ejemplo, el mercado tiene una visión de rentabilidad a corto plazo que excluye los bienes colectivos, mientras que el servicio público tiene por vocación llenar lo que el mercado no cubre. La sociedad necesita algo diferente de la ley del más fuerte. Es ahí donde juega el voluntarismo, los valores de solidaridad y fraternidad deben ser integrados en la sociedad por los políticos".



LIBRERIA

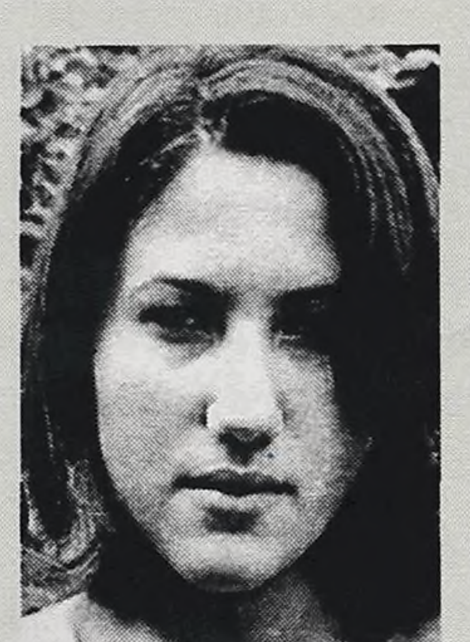
cocina celestial



La saga de libros de revisionismo culinario cuenta (afortunadamente) con un nuevo título. Se trata de *La cocina del cielo* –ed. Plaza y Janés–, un tomo en el que Carmela Miceli compiló recetas asociadas con lo religioso y lo oculto, que, en la mayoría de los casos, tienen su origen en la tradición cristiana. Las recetas están agrupadas de acuerdo con su origen (las de los santos, las de los lugares sagrados, las de la jerarquía eclesiástica y las de las santas celebraciones), además de venir acompañadas, de manera individual, por explicaciones sobre su historia, o anécdotas deliciosas. Además, los nombres de los preparados deparan sorpresas como las "yemas espirituales", los "sacristanes de queso", el "mató de monja", las "ovejitas del santo padre", "grog del Papa".

SEÑORAS Y SEÑORAS

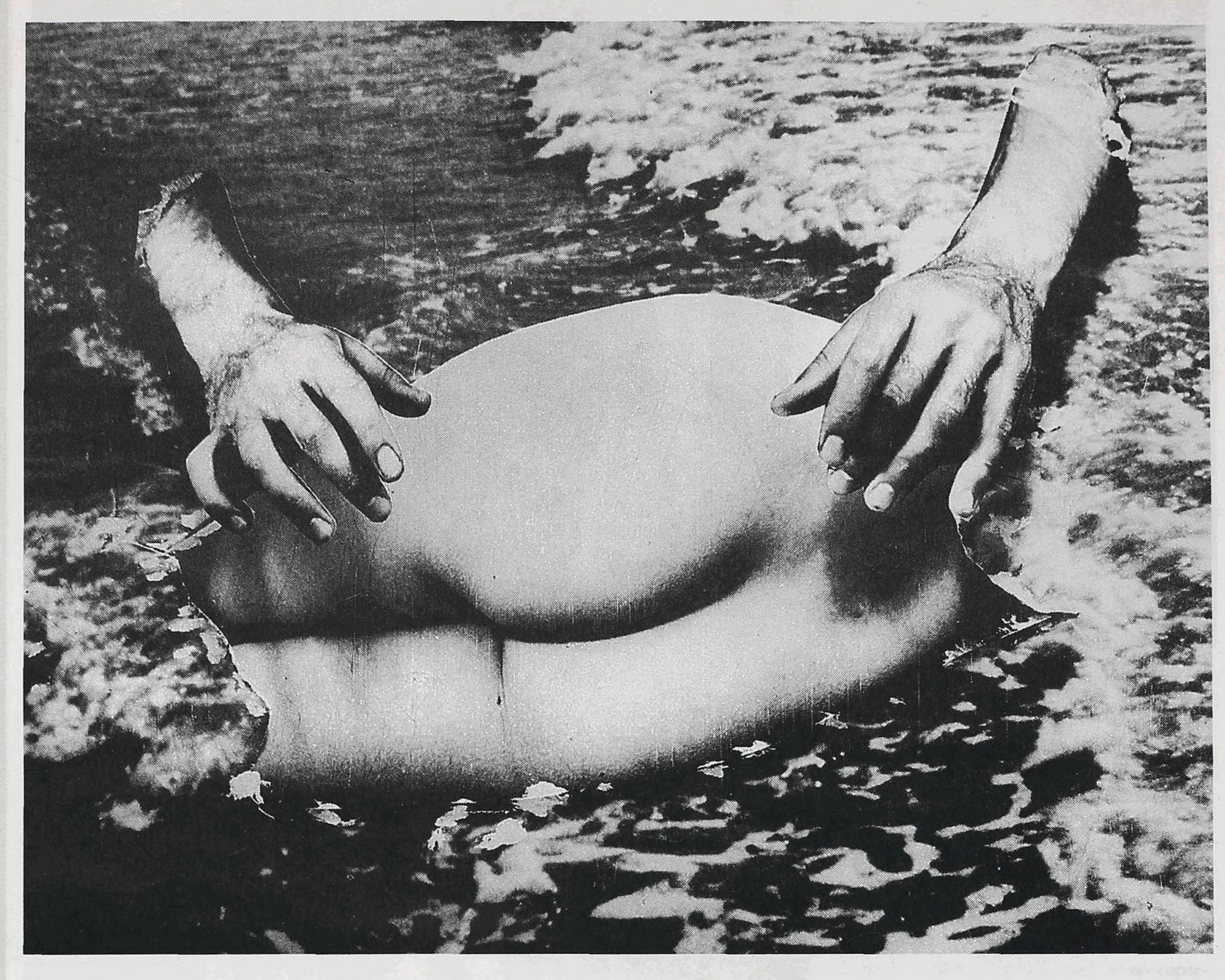
La huelga de Nadia



Nadia Hammami tiene 17 años y hace algunos días dio por finalizada la huelga de hambre que visibilizó el hostigamiento que la policía de Túnez, su país, ejerce sobre su familia. El acosamiento oficial comenzó un año atrás, luego de que el padre de Nadia, Hamma, fuera condenado en rebeldía a nueve años de cárcel por "asociacionismo ilegal", es decir, por ser el portavoz del Partido Obrero Comunista (agrupación que, curiosamente, no está prohibida). Tras la condena, Hamma escapó, pero su familia (Nadia, su hermana Ouisseima y su madre, Radhia Nassraoaui, una abogada defensora de perseguidos políticos) no pasó a la clandestinidad con él, con lo cual empezó a ser vigilada día y noche por policías de civil y de uniforme. "Mamá pensaba que no había llegado el momento, pero yo me decidí a empezar la huelga", explicó. Y se ve que ambas tenían razón: con su medida, Nadia consiguió un poco de aire para su familia, pero a condición de migrar a Francia.

PERSONAJES

EL RESCATE DE GRETE

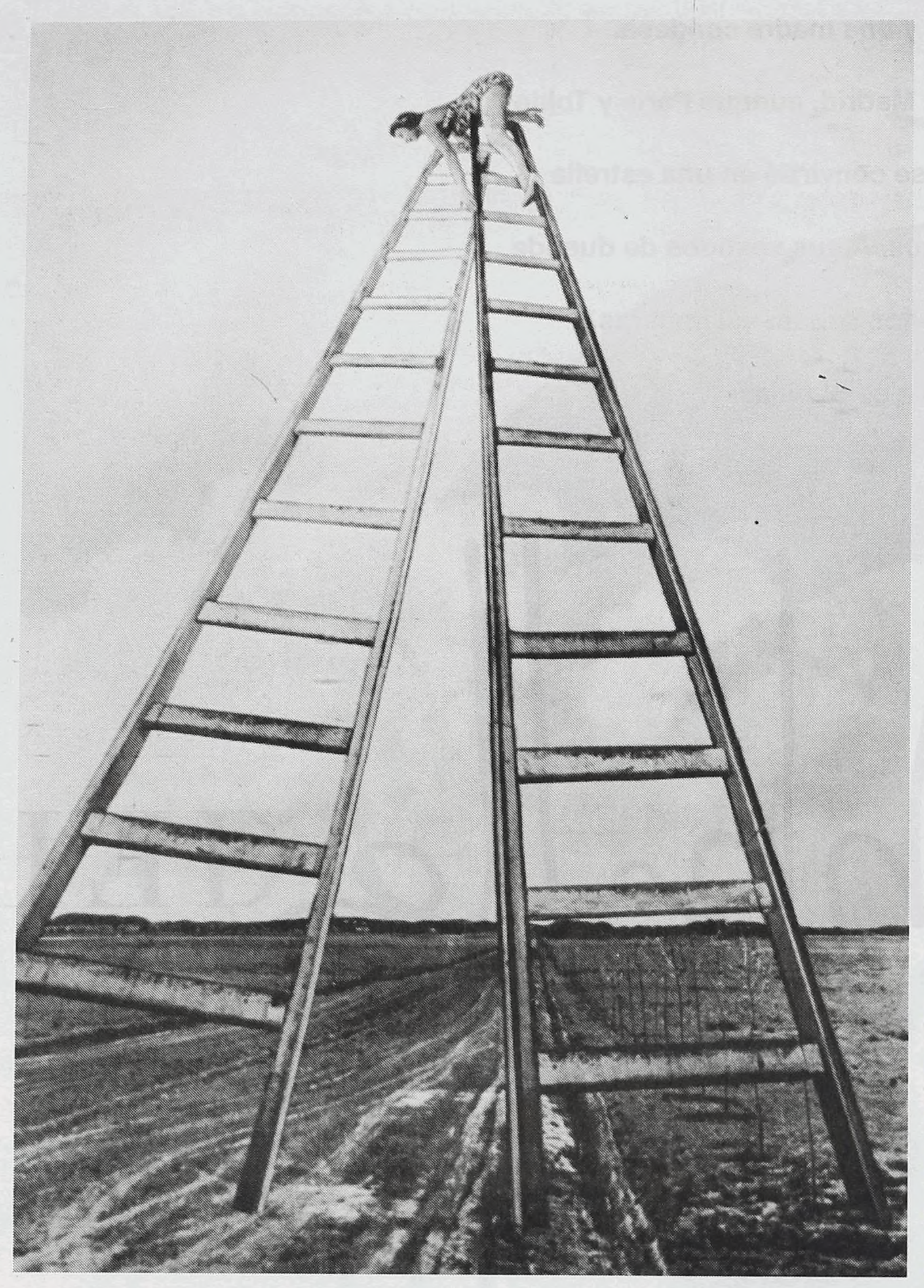


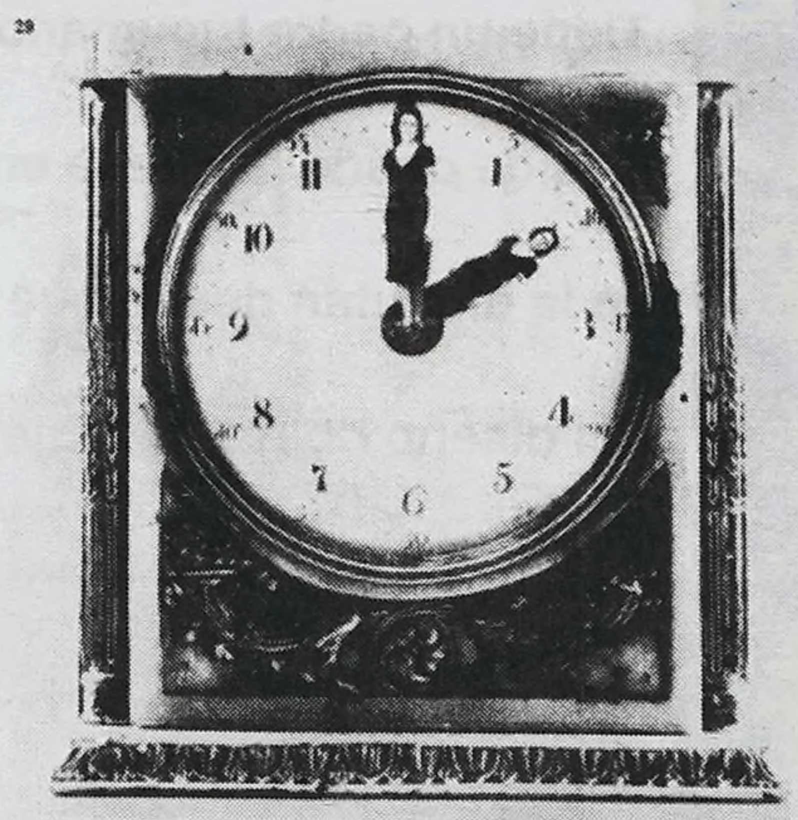
POR **MOIRA SOTO**

La fotógrafa alemana Grete Stern, que vivió en Buenos Aires hasta su muerte, el año pasado, realizó un trabajo visionario en los años 40, cuando solía pasearse por Ramos Mejía con su aire europeo inconfundible. Ahora una galería porteña rescata los pocos originales que se salvaron de la desidia nacional.

"Mi mamá siempre me sacaba divina", sonríe entre agradecida y orgullosa Silvia Cóppola, hija de la portentosa fotógrafa judía alemana argentina Grete Stern (1904-1999). Sobre uno de los estantes repletos de libros y artesanías indígenas hay un rostro de mujer joven, muy grisado bajo una capelina, de una belleza insoslayable que convalida plenamente la afirmación de Cóppola. Pero además de esas imágenes iluminadas por el amor materno, Silvia posó como modelo de muchos de los *Sueños* de Grete Stern, esos maravillosos fotomontajes surrealistas realizados entre 1948 y 1952 para la revista *Idilio*. De los alrededor de 150 originales entregados a la editorial Abril, sólo se salvaron 46 y están expuestos desde ayer en la Galería Principium, Esmeralda 1357. Un auténtico acontecimiento cultural de, como señala Luis Príamo en *La obra de Grete Stern* –publicación del Fondo Nacional de las Artes, 1995–, "la primera obra fotográfica –y la más importante hasta hoy– radicalmente crítica de la opresión y manipulación que sufría la mujer en la sociedad argentina de la época, y de la humillante consecuencia del sometimiento consentido. La mirada zumbona y sarcástica de Grete no se detiene en la compasión por la víctima, sino que avanza también sobre los resultados alienantes de la resignación".

"Era divertidísimo trabajar con ella, acompañarla. La pasaba muy bien. Yo tenía 12, 13, 14 años y para mí eran simplemente sueños, ilustraciones destinadas a una revista para mujer. Creo que mi mamá misma nunca pensó que estos fotomontajes fueran demasiado urticantes o cuestionadores. Los *Sueños* eran en realidad una tarea de encargo, para ganarse la vida. Pero, desde luego, siguiendo una línea de conducta. Aceptó porque estaba de acuerdo y se tomó en serio el trabajo", memora Silvia Cóppola. Sin embargo, a esta médica clínica, anestesióloga, fundadora y coordinadora (junto a Claudia Pascuale) de ELEGIR, ahora dedicada a la medicina paliativa, no siempre resultó sencillo y llevadero ser la hija de la gran Grete Stern: "Cuando ella llegó acá, era como un bicho raro. Imagínate, venía de los círculos de Berlín y Londres donde las mujeres eran mucho más libres, se vestían como querían. Mi madre se instaló en Ramos Mejía en los 40 y caminaba por la calle tan tranquila en pantalones. María Elena Walsh todavía se acuerda del escándalo que provocaba. Ella iba a veces con el pelo a la garçon, tuvo épocas en que se pintaba mucho y otras nada, casi siempre con el pucho en la boca. Un estilo completamente fuera de los cánones aceptados en esa época". Silvia Cóppola iba al Colegio Ward y en más de una oportunidad tuvo que discutir la insinuación –hecha por algún profesor– de que "las mujeres que fumaban eran poco menos que putas. Pero mi mamá no se sentía una transgresora, ella pensaba que tenía derecho a hacer lo que se le diera la real gana. No registraba toda la incomodidad o sorpresa que despertaban sus actitudes". En esos tiempos, Grete Stern ya se había separado del notable fotógrafo Horacio Cóppola y, en consecuencia, en la escuela Silvia era la única hija de divorciados: "Como si este estigma no fuese suficiente, mi madre se comportaba de forma atípica. Por ejemplo, había una reunión de chicas en mi casa, y ella era muy capaz de poner sus músicas –brasileña, jazz– y largarse a bailar sola. Yo me quería morir. Hasta los 15, 16 fui una niña muy







Grete Stern dice: "La foto es el medio con el que me expreso y que requiere, como afirma Julio Cortázar en *Las babas del diablo*, disciplina, educación estética y dedos seguros".

convencional, y me daba pudor que mi mamá se saliera tanto de la norma. Discutíamos bastante. Pero ella seguía en lo suyo, imaginativa y creadora para todo: le gustaba jugar con los colores al cocinar, teñir el arroz con remolacha. Vivíamos en una casa poco convencional, muy moderna, con mucho vidrio, del arquitecto Vladimiro Acosta. Por cierto, mi mamá nunca puso cortinitas".

DEDOS SEGUROS, CORAZON ABIERTO

Nacida en Wuppertal-Eberfeld, Grete Stern realizó estudios de piano y guitarra. A los 18 empezó a cursar artes gráficas en Stuttgart con Ernest H. Schneider y en 1926 ya hizo trabajos de publicidad gráfica, dibujo y diagramación, y expuso parte de esta obra. Durante 1927 y 1928 estudió fotografía con Walter Peterhans. "Mi madre se independizó muy joven, al terminar la secundaria. Se instaló en Berlín haciendo lo contrario de lo que su familia, de la pequeña burguesía industrial judía, proyectaba para ella. Decidió dedicarse al arte, tener los amigos que elegía, se empapó de ese espíritu de la Bauhaus que se replanteaba todo: las casas, el mobiliario, la moda, la publicidad. Con su amiga Ellen Auerbach abrieron el estudio 'ringl+pit' (sus apodos de niñas) e hicieron publicidad de vanguardia: con el aviso de Komol ganaron el primer premio en una exposición internacional de Bruselas. Fue en 1933, precisamente el año en que mi mamá decide emigrar hacia Londres frente al avance del antisemitismo. Se suele decir que a la Bauhaus la cerraron los nazis. No fue así: sus responsables decidieron cesar las actividades porque ya la persecución política y racista era algo evidente, declarado. Las dos amigas se van, así como tanta otra gente de la cultura: el retrato de Brecht mi madre lo hace en Londres. Ella se puede ir porque tiene familiares en Inglaterra. Poco después se casa con mi padre. La verdad es que cuando subió Hitler, muchos judíos tenían claro que había que partir, pero no tenían adónde ir, nadie que los recibiera en ninguna parte. Mi abuelo materno había muerto en 1910, y mi abuela, cuando mi madre ya estaba en Londres, opta por suicidarse cuando la situación se oscurece".

El matrimonio Stern-Cóppola viaja a Buenos Aires y realiza una exposición conjunta de fotos en la redacción de *Sur*. "Vuelven a Londres porque mi mamá todavía no había levantado su bulincito. Ella estaba embarazada y, visionaria, decide que yo nazca en esa ciudad para que tuviese pasaporte inglés".

Ya instalados en la Argentina, Grete y Horacio abren un estudio fotográfico. En 1939, la fotógrafa, que ya ha empezado su serie de retratos de artistas e intelectuales, realiza trabajos de foto y diseño para la Dirección de Maternidad e Infancia de Departamento Nacional de Higiene. Un año después, se muda a Ramos Mejía e instala su propio estudio de fotografía y diseño gráfico, donde recibe encargos de editoriales y agencias de publicidad. Antes de divorciarse en 1943, publica tres libros de fotos con Horacio Cóppola. En los años 40, las creaciones de Grete se multiplican: expone, hace fotos de obras arquitectónicas, del monumento a Sarmiento de Rodin, inicia la serie Patio de Buenos Aires. En 1948 empiezaa producir los *Sueños* para *Idilio*, y a partir del '51, sin olvidar Buenos Aires, empieza a viajar al interior para fotografiar sus paisajes y sus habitantes naturales. Entre 1956 y 1970 dirige el taller de fotografía del Museo de Bellas Artes.

"Para ella fue una impresión muy grande cuando en el '60 va por un año, contratada por la Universidad Nacional del Nordeste a enseñar fotografía y en Resistencia descubre grupos de aborígenes", relata Silvia Cóppola. "Fue una revelación comprender que ellos eran los genuinos habitantes del país. Se les acercó, los fotografió lejos de toda intención turística, con todo respeto. Se interesó por su cultura, su artesanía. Los retratos de mujeres indígenas están hechos con la misma dedicación con que hacía los de intelectuales y artistas. Pidió una beca, que se le otorgó 4 años después, y en trenes, colectivos, carros, atravesó Chaco, Formosa, Salta haciendo 800 fotos, parte de las cuales, al no tener el apoyo del Fondo, expuso en distintos lugares del país, acompañadas de una conferencia sobre la experiencia vivida al tomarlas."

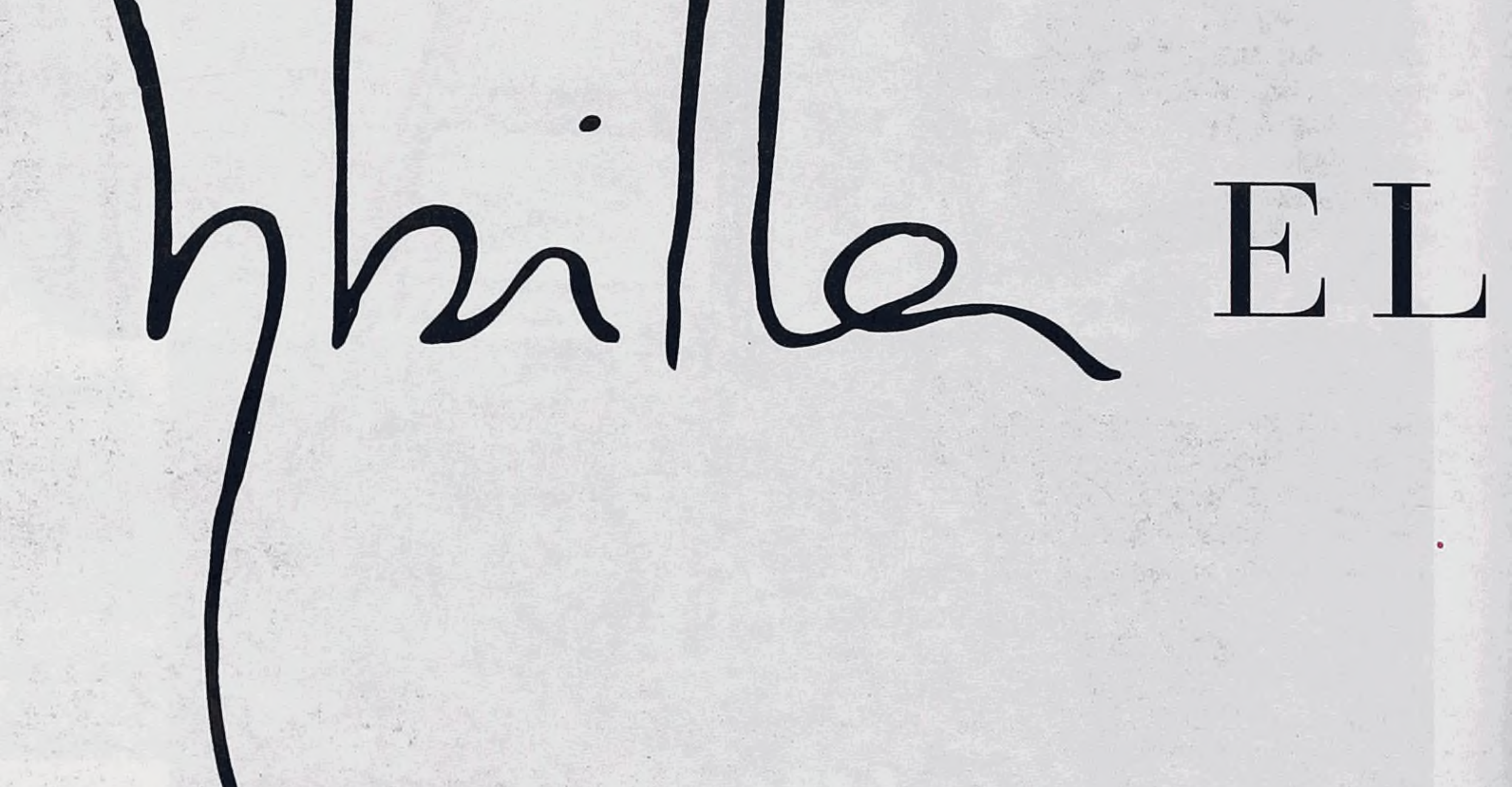
"Durante 40 años, los *Sueños* no fueron valorados. Peor aún, los menospreciaron, la editorial destruyó los originales y sólo quedaron los recortes de la revista. Mi mamá hizo una exposición en el '67, para la que escribió un texto." *Apuntes sobre fotometraje* es su título y allí Grete Stern dice: "La foto es el medio con el que me expreso y que requiere, como afirma Julio Cortázar en *Las babas del diablo*, disciplina, educación estética y dedos seguros". En esos apuntes, la artista, además de dar detalles técnicos, cita a los movimientos surrealista y dadá, a George Grosz y a Man Ray.

Los *Sueños* se exhibieron como parte de una gran retrospectiva en la Fundación San Telmo, en 1981, pero, puntualiza Silvia Cóppola, "cuando vino la gente de Foto Fest, de los Estados Unidos, en el '92 y se los llevaron a Houston, ahí empezó el gran interés internacional. Aquí, en verdad, sólo habían advertido su valor dos importantes coleccionistas de arte, Marion y Jorge Helf. Hay entendidos de España que consideran que conforman la parte más importante de la obra de mi madre. Es en los '90 que empieza, retrospectivamente, todo el análisis de esa mirada tan crítica, tan aguda que ella tenía sobre las mujeres de sectores populares y medios, sobre sus fantasías y su dependencia. En *Idilio* trabajaba gente del ámbito intelectual que había sido desplazada de la Universidad, pero usaban seudónimo. Luisa Mercedes Levinson, por ejemplo, era Lisa Lenson. Y Gino Germani, el fundador de la sociología local, que comentaba en esa etapa los *Sueños*, firmaba Richard Rest. Mi madre era de las pocas personas de la revista que no usaban seudónimo: firmaba Grete Stern porque no tenía ningún complejo, respetaba su trabajo. En el curso del tiempo, ella modificó algunos fotomontajes, les cambió el título. Mi madre siempre pensó que había reflejado la situación de la mujer desde su propio punto de vista, el de una persona que venía de la vanguardia europea, con otra mentalidad".



Tiene un padre tucumano y una madre condesa. Reside desde pequeña en Madrid, aunque París y Tokio se la disputan desde que se convirtió en una estrella del diseño de ropa y objetos. A sus vestidos de duende les anexó en los últimos años sábanas, lámparas, cubiertos, velas. Cada cosa es Sybilla.

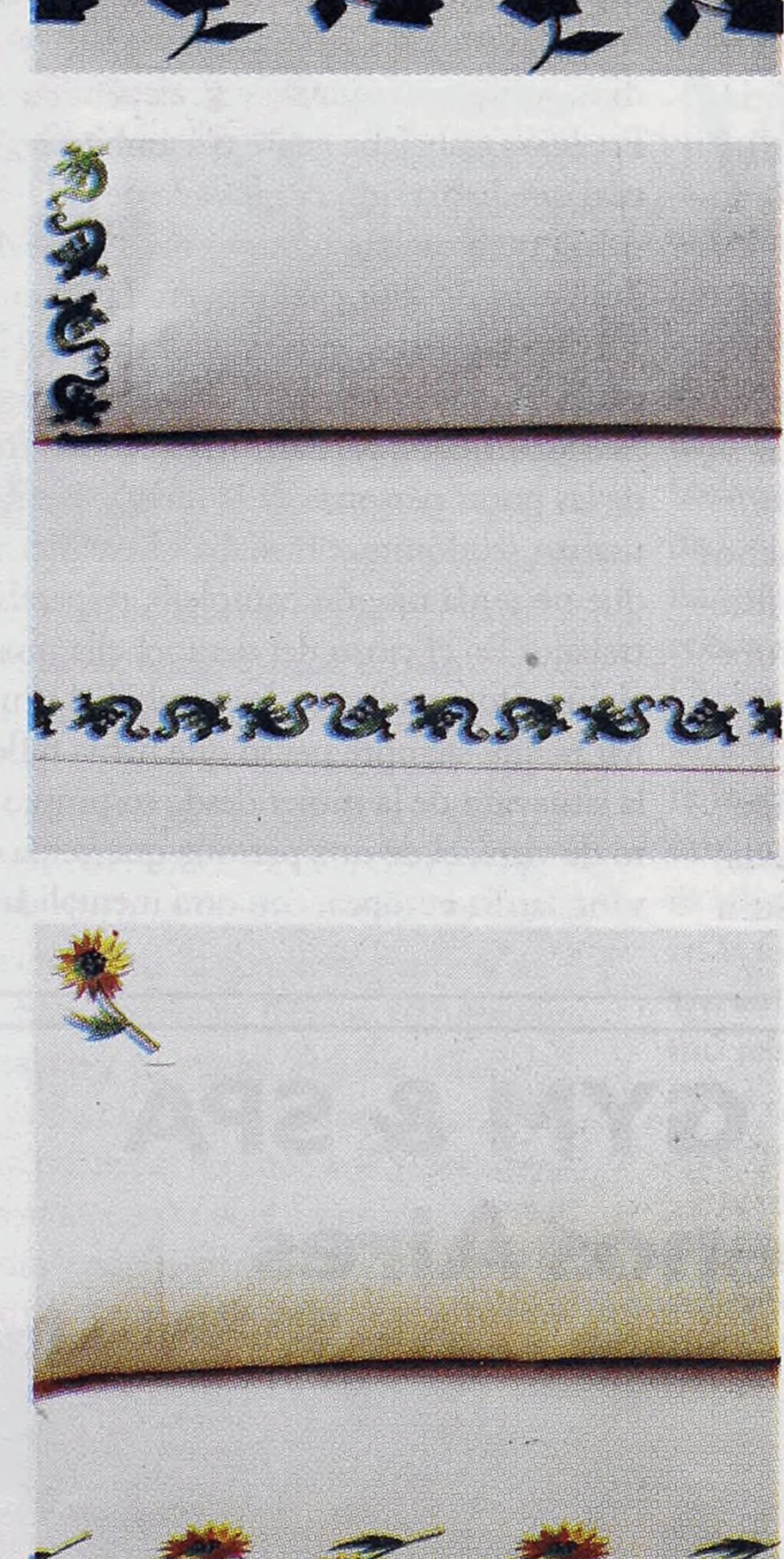




Sybilla EL



DISEÑO





POR **VICTORIA LESCANO**

Considerada la figura más vanguardista de la moda española desde que a fines de los ochenta vestía a sus amigos Pedro Almodóvar y la cantante Alaska con camisas de tonos subidos, Sybilla Sorondo es sinónimo de vestidos dramáticos para mujeres que no temen a ser confundidas con personajes de cuentos de hadas. Nació en Nueva York en 1963 y desde los 70, cuando sus padres (un diplomático argentino, más precisamente tucumano, llamado Jorge y al que los amigos llaman cariñosamente Soplete, y una condesa polaca, también pintora y diseñadora de la etiqueta Condesa Sybilla de Saks Fifth Avenue) anclaron en Madrid, ella adoptó a esa ciudad como principal residencia.

A los 19 años aprendió corte y confección en el atelier Yves Saint Laurent y allí empezó a construir los vestidos de falda plato, trench coats que rescatan la moldería de los cincuenta y las siluetas de Balenciaga, detalles de las túnicas medievales con capucha y sizas inexistentes, abrigos con bufanda incluida y vestidos que ruegan ser llevados con capitas de efecto bombée por encima, que sentaron las bases del estilo Sybilla.

Mucho antes de que Prada, Calvin Klein y Donna Karan pusieran sus etiquetas en ropa y accesorios déco ella hizo sábanas con estampados de iguanas rosa y hiedras disponibles en tonos crudos (las fabrica una casa de blanco de principios de siglo llamada Carlos Lunas), banquitos, lámparas, cubiertos de acero muy simple y manufactura japonesa que viene en bolsitas verdes, y velas. Porque su currículum demuestra que Sybilla parece haber sido alcanzada por la varita mágica de alguna de sus hadas: en el '89, después de ver su colección en Milán con picos de gaviotas abrochando abrigos en reemplazo de botones y réplicas de sobres de papel oficiando de bolsillos, un supergrupo japonés llamado Itokin le ofreció producir y distribuir sus colecciones en el mercado oriental y acto seguido ella mostró sus mujeres-duendes en Tokio. Shiseido le encargó un perfume y una línea de maquillaje y a comienzos de los noventa abrió tiendas en París y veinte puestitos en los almacenes futuristas más importantes de Tokio. Como vestuarista de teatro bocetó para los espectáculos *Nana et Lila* y *Salome* de la Compañía Blanca Li.

"De chica no me interesaba la ropa y nunca imaginé dedicarme a la moda, hasta que a los 17 años me fui a París y descubrí la necesidad de hacer la ropa que yo siempre buscaba y no existía; a los 19 pedí un crédito y me lancé a crear piezas únicas, baratas y a medida con la convicción de crear una empresa con amigos y sin jerarquías. Era el momento de la famosa movida y todo parecía posible, la osadía, la insensatez fueron el patrón de mi ropa desde el comienzo, cuando pensé la moda como un servicio público que podía aumentar la sensualidad, la seguridad y el humor de las mujeres", dijo sobre sus comienzos en una reciente entrevista a *El País*.

El salto de costurerita a medid –llegó a vender su ropa por la n che y en bares–, a superempresa ria empezó cuando la firma espa ñola Núcleo de Diseño produjo y distribuyó sus colecciones en mercado internacional y se ofi cializó cuando en 1987 abrió su famosa tienda de Madrid, en la calle Jorge Juan. Su currículum también enumera que en los ochenta abrió su primer taller de rop a medida y presentó las colecciones O/ 83-84 en Madrid, O/I 85-86 en el saló Gaudí de Barcelona y que muchas de sus prendas fueron compradas por el Museo de la Moda de París.

"Soy como una vendedora de muebles sólo hago las piezas para que las mujere las combinen a gusto como si fueran di señadoras de sus interiores", definió co modestia a Valerie Steele, autora del libro *Mujeres de la Moda*, quien dedicó su portada a una versión muy Mary Poppins, con pagoda china y capa verd que recuerda a los pétalos de una plan ta carnívora, que fue un éxito de ventas entre las devotas del diseño hecho en España, y allí también ocupan varias páginas sus colecciones "abrigos para viajar", modelados por mujercitas con mochila y rodeadas de avione que integraron una famosa campaña institucional ideada por el diseñador Juan Gatti y que representan, en la iconografía de la moda de los noventa, algo así como las latas de sopa Campbell de Andy Warhol.

Pero a comienzos de los noventa y en pleno éxito Sybilla estuvo a punto de mandar todo al diablo, se compró un antiguo convento en la montaña y lo convirtió en su casa, tuvo dos hijos con el escultor español Kike Sierra

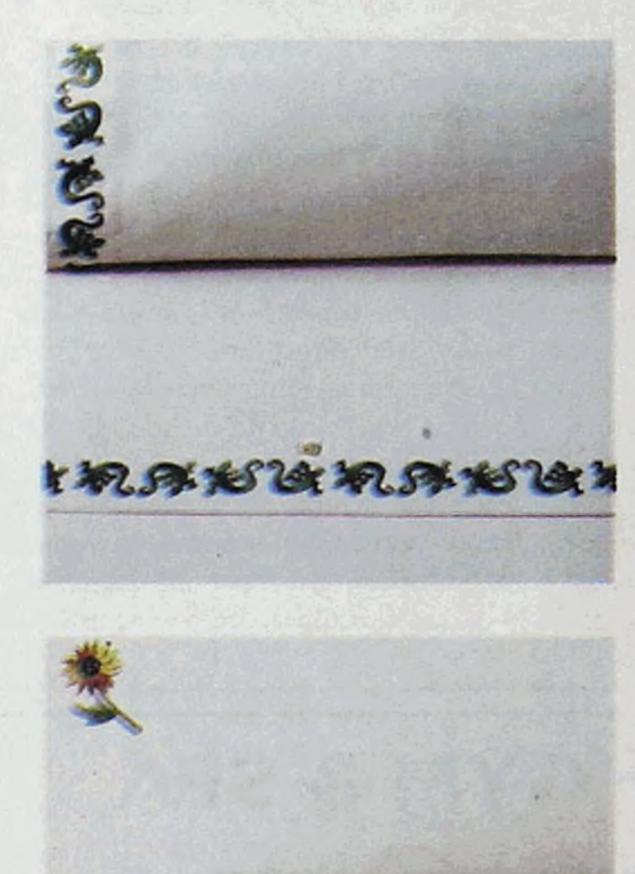


Tiene un padre tucumano y una madre condesa. Reside desde pequeña en Madrid, aunque París y Tokio se la disputan desde que se convirtió en una estrella del diseño de ropa y objetos. A sus vestidos de duende les anexó en los últimos años sábanas, lámparas, cubiertos, velas. Cada cosa es Sybilla.



Sybilla EL HADA





POR **VICTORIA LESCANO**

Considerada la figura más vanguardista de la moda española desde que a fines de los ochenta vestía a sus amigos Pedro Almodóvar y la cantante Alaska con camisas de tonos subidos, Sybilla Sorondo es sinónimo de vestidos dramáticos para mujeres que no temen a ser confundidas con personajes de cuentos de hadas. Nació en Nueva York en 1963 y desde los 70, cuando sus padres (un diplomático argentino, más precisamente tucumano, llamado Jorge y al que los amigos llaman cariñosamente Soplete, y una condesa polaca, también pintora y diseñadora de la etiqueta Condesa Sybilla de Saks Fifth Avenue) anclaron en Madrid, ella adoptó a esa ciudad como principal residencia.

A los 19 años aprendió corte y confección en el atelier Yves Saint Laurent y allí empezó a construir los vestidos de falda plato, trench coats que rescatan la moldería de los cincuenta y las siluetas de Balenciaga, detalles de las túnicas medievales con capucha y sizas inexistentes, abrigos con bufanda incluida y vestidos que ruegan ser llevados con capitas de efecto bombée por encima, que sentaron las bases del estilo Sybilla.

Mucho antes de que Prada, Calvin Klein y Donna Karan pusieran sus etiquetas en ropa y accesorios déco ella hizo sábanas con estampados de iguanas rosa y hiedras disponibles en tonos crudos (las fabrica una casa de blanco de principios de siglo llamada Carlos Lunas), banquitos, lámparas, cubiertos de acero muy simple y manufactura japonesa que viene en bolsitas verdes, y velas. Porque su currículum demuestra que Sybilla parece haber sido alcanzada por la varita mágica de alguna de sus hadas: en el '89, después de ver su colección en Milán con picos de gaviotas abrochando abrigos en reemplazo de botones y réplicas de sobres de papel oficiando de bolsillos, un supergrupo japonés llamado Itokin le ofreció producir y distribuir sus colecciones en el mercado oriental y acto seguido ella mostró sus mujeres-duendes en Tokio. Shiseido le encargó un perfume y una línea de maquillaje y a comienzos de los noventa abrió tiendas en París y veinte puestitos en los almacenes futuristas más importantes de Tokio. Como vestuarista de teatro bocetó para los espectáculos *Nana et Lila* y *Salome* de la Compañía Blanca Li.

"De chica no me interesaba la ropa y nunca imaginé dedicarme a la moda, hasta que a los 17 años me fui a París y descubrí la necesidad de hacer la ropa que yo siempre buscaba y no existía; a los 19 pedí un crédito y me lancé a crear piezas únicas, baratas y a medida con la convicción de crear una empresa con amigos y sin jerarquías. Era el momento de la famosa movida y todo parecía posible, la osadía, la insensatez fueron el patrón de mi ropa desde el comienzo, cuando pensé la moda como un servicio público que podía aumentar la sensualidad, la seguridad y el humor de las mujeres", dijo sobre sus comienzos en una reciente entrevista a *El País*.

El salto de costurerita a medida –llegó a vender su ropa por la noche y en bares–, a superempresaria empezó cuando la firma española Núcleo de Diseño produjo y distribuyó sus colecciones en el mercado internacional y se oficializó cuando en 1987 abrió su famosa tienda de Madrid, en la calle Jorge Juan. Su currículum también enumera que en los ochenta abrió su primer taller de ropa a medida y presentó las colecciones O/I 83-84 en Madrid, O/I 85-86 en el salón Gaudí de Barcelona y que muchas de sus prendas fueron compradas por el Museo de la Moda de París.

"Soy como una vendedora de muebles, sólo hago las piezas para que las mujeres las combinen a gusto como si fueran diseñadoras de sus interiores", definió con modestia a Valerie Steele, autora del libro *Mujeres de la Moda*, quien dedicó su portada a una versión muy Mary Poppins, con pagoda china y capa verde que recuerda a los pétalos de una planta carnívora, que fue un éxito de ventas entre las devotas del diseño hecho en España, y allí también ocupan varias páginas sus colecciones "abrigos para viajar", modelados por mujercitas con mochila y rodeadas de aviones que integraron una famosa campaña institucional ideada por el diseñador Juan Gatti y que representan, en la iconografía de la moda de los noventa, algo así como las latas de sopa Campbell de Andy Warhol.

Pero a comienzos de los noventa y en pleno éxito Sybilla estuvo a punto de mandar todo al diablo, se compró un antiguo convento en la montaña y lo convirtió en su casa, tuvo dos hijos con el escultor español Kike Sierra (autor de los banquitos con formas sinuosas, los percheros de los locales, las lámparas Sensual y las velas con formas orgánicas que suelen alumbrar las casas de sus devotas), cimentó una imagen tan misteriosa como la de su venerado Cristóbal Balenciaga, el modisto que jamás mostraba ropa en las vidrieras, se negaba a dar entrevistas y jamás entablaba relación con sus clientas.

Para hacer zapping con la moda, se dedicó al feng shui y una rama de la arquitectura con fundamentos ecologistas llamados Sistemas de Desarrollo Sostenibles, para la que fundó una escuela donde se aplican esos principios a jardines, huertos, viviendas y proyectos de reforestación y empezó a visitar el mismo cirujano plástico que suele hacer la puesta a punto de la cantante Cher.

También se alejó del circuito europeo, no hizo más presentaciones de colecciones y sólo siguió diseñando para el mercado japonés y por ello durante varias temporadas las seguidoras de su estilo tuvieron que calzarse los vestidos petit creados a imagen y semejanza de las siluetas japonesas, con pequeñas reapariciones bocetando un jarrón muy pop para una edición de Alessi y una mochila para un aniversario de la casa Vuitton.

En 1997 volvió a crear para sus compatriotas una línea de ropa de novias a medida y en el 2000, además de inaugurar una nueva sede con su estudio y talleres, volvió a las pasarelas de París con "Sybilla noche", una colección para transitar alfombras rojas que incluye vestidos de tafetán y crêpe, que resucitan las flores de los cuentos de hadas y que de inmediato fueron muy elogiados en las páginas de *Harper's Bazaar*.

"Tardé ocho años en hacer una nueva colección y para variar quiero hacer ropa que dure", dice ahora. Además lanzó una línea joven llamada Jocomomola, sobre la que aclara en el último número del magazine de últimas tendencias *Rueda*. "No es un Sybilla junior, es una colección totalmente independiente en donde divertirme e innovar. Como está hecha por un grupo de chicas reflejamos inclinaciones personales, estados de ánimo y caprichos". Joco, pues así la llaman las teenagers japonesas, está atenta al pop japonés y a los gustos de las nuevas generaciones niponas donde el estilo y los gustos cambian todas las semanas y también ya tiene su colección invierno 2000-2001 disponible en tiendas de España. "El dilema entre lo útil y lo bello me paralizó durante un tiempo porque mi madre me enseñó a admirar a los que dedicaban su vida a la belleza, lo resolví cuando decidí trabajar con colores insólitos, pero de manera tal que aunque sean rojo sangre o amarillo sean tan fáciles de llevar como un vestidito negro. Cuando diseño tengo presentes los atributos femeninos de este tiempo como la intuición, la resistencia y la capacidad de entrega y la sensibilidad, hoy ya no es una contradicción ser inteligente y sexy, madre y aventurera, hedonista y espiritual y la moda acompaña a estas nuevas facetas y contradicciones de la mujer", afirma acerca del nuevo patrón que rige sus diseños, de los paraguas símil pagoda china, las gafas de sol con patilla ondulada, y los vestidos negros y rojos con chales que emergen de los pies, recrean árboles, flores, insectos, tentáculos de pulpos.





HADA

(autor de los banquitos con formas sinuosas, los percheros de los locales, las lámparas Sensual y las velas con formas orgánicas que suelen alumbrar las casas de sus devotas), cimentó una imagen tan misteriosa como la de su venerado Cristóbal Balenciaga, el modisto que jamás mostraba ropa en las vidrieras, se negaba a dar entrevistas y jamás entablaba relación con sus clientas.

Para hacer zapping con la moda, se dedicó al feng shui y una rama de la arquitectura con fundamentos ecologistas llamados Sistemas de Desarrollo Sostenibles, para la que fundó una escuela donde se aplican esos principios a jardines, huertos, viviendas y proyectos de reforestación y empezó a visitar el mismo cirujano plástico que suele hacer la puesta a punto de la cantante Cher.

También se alejó del circuito europeo, no hizo más presentaciones de colecciones y sólo siguió diseñando para el mercado japonés y por ello durante varias temporadas las seguidoras de su estilo tuvieron que calzarse los vestidos petit creados a imagen y semejanza de las siluetas japonesas, con pequeñas reapariciones bocetando un jarrón muy pop para una edición de Alessi y una mochila para un aniversario de la casa Vuitton.

En 1997 volvió a crear para sus compatriotas una línea de ropa de novias a medida y en el 2000, además de inaugurar una nueva sede con su estudio y talleres, volvió a las pasarelas de París con "Sybilla noche", una colección para transitar alfombras rojas que incluye vestidos de tafetán y crêpe, que resucitan las flores de los cuentos de hadas y que de inmediato fueron muy elogiados en las páginas de *Harper's Bazaar*.

"Tardé ocho años en hacer una nueva colección y para variar quiero hacer ropa que dure", dice ahora. Además lanzó una línea joven llamada Jocomomola, sobre la que aclara en el último número del magazine de últimas tendencias *Rueda*. "No es un Sybilla junior, es una colección totalmente independiente en donde divertirme e innovar. Como está hecha por un grupo de chicas reflejamos inclinaciones personales, estados de ánimo y caprichos". Joco, pues así la llaman las teenagers japonesas, está atenta al pop japonés y a los gustos de las nuevas generaciones niponas donde el estilo y los gustos cambian todas las semanas y también ya tiene su colección invierno 2000-2001 disponible en tiendas de España. "El dilema entre lo útil y lo bello me paralizó durante un tiempo porque mi madre me enseñó a admirar a los que dedicaban su vida a la belleza, lo resolví cuando decidí trabajar con colores insólitos, pero de manera tal que aunque sean rojo sangre o amarillo sean tan fáciles de llevar como un vestidito negro. Cuando diseño tengo presentes los atributos femeninos de este tiempo como la intuición, la resistencia y la capacidad de entrega y la sensibilidad, hoy ya no es una contradicción ser inteligente y sexy, madre y aventurera, hedonista y espiritual y la moda acompaña a estas nuevas facetas y contradicciones de la mujer", afirma acerca del nuevo patrón que rige sus diseños, de los paraguas símil pagoda china, las gafas de sol con patilla ondulada, y los vestidos negros y rojos con chales que emergen de los pies, recrean árboles, flores, insectos, tentáculos de pulpos.

LO NUEVO *lo raro* LO UTIL



cotton ultra

Rexona presentó su nuevo producto, Rexona Cotton Ultra Seca, una crema antitranspirante ubicada en la vanguardia tecnológica y destinada a mujeres que requieren un nivel alto de protección, es decir que, por razones de estrés o de actividades específicas, transpiran más. El producto cuenta con el soporte de los laboratorios de Unilever Research, de Inglaterra, y donde desde 1888 decenas de científicos se dedican a estudiar soluciones para la transpiración.



B21

Teint Absolu, el nuevo maquillaje de Orlane, ofrece combinar en un mismo producto la seguridad de un cutis liso y sin imperfecciones, sin brillo y luminoso, con la comodidad absoluta y un tratamiento continuo de la piel. El maquillaje contiene el complejo Bio-energetic B 21, un producto de tratamiento pensado para que la piel recobre suavidad y tonicidad a lo largo del día. La completan filtros solares.



Familia y adopción

La publicación semestral de la Fundación Adoptare, de distribución gratuita, se ocupa, entre otros temas, de cuál es el proceso de selección de familias adoptantes, sobre cómo nombrar, ante el hijo adoptivo, a la madre biológica, y sobre las familias adoptivas uniparentales, generalmente constituidas por la madre y su hijo. La psicoanalista Eva Giberti escribe sobre por qué no es lo mismo adoptar un niño o una niña. Informes en la Fundación, 4865-4924.



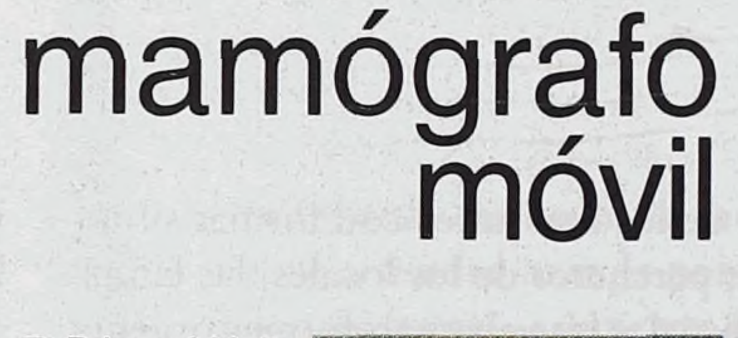
Café, café

Moulinex Argentina presentó cinco cafeteras de nuevo diseño y alta performance. Se trata de Solea, Crystal Arome Plus, Solea Timer, Cocoon y Helioa Compact. Bajo esos nombres pomposos se esconden los componentes de la línea desayuno, una selección que incluye además tres variedades de tostadoras, un exprimidor y una juguera. Las cafeteras responden a diferentes niveles de uso y necesidades. Las hay desde compatibles con el microondas hasta programables con 24 horas de anticipación.



colecciones

Las marcas de indumentaria Stone y Prototype presentaron en el Hilton sus colecciones primavera-verano (¡Sí, primavera-verano! ¡Falta poco!). En los desfiles, también, se presentaron las nuevas campañas publicitarias (la de Prototype, que se ve en esta página, tiene por estrella a Willy Crook). Por otra parte, Stone exhibió 27 trabajos seleccionados en el Segundo Concurso para Jóvenes Diseñadores y Artistas Plásticos. El primer premio será una beca en Londres, en el Saint Martins College of Arts & Design.



mamógrafo móvil



El Primer Móvil con Mamógrafo, fruto de la cruzada "Un lazo por la vida" que puso en marcha Avon junto con LALCEC, continúa recorriendo el país para llevar la posibilidad de una mamografía a mujeres que viven en lugares en los que esos estudios que deberían ser de rutina no están a su alcance. En el móvil ya se realizaron 10.000 mamografías totalmente gratuitas entre mujeres de entre 40 y 65 años. Fueron visitadas 55 localidades de Buenos Aires, Entre Ríos, Corrientes, Misiones, Chaco, Santa Fe, Río Negro, Chubut y Córdoba. Durante julio y agosto el móvil seguirá recorriendo esta última provincia. La iniciativa surgió de la venta, entre las clientas de Avon, de un broche con la forma de lazo.

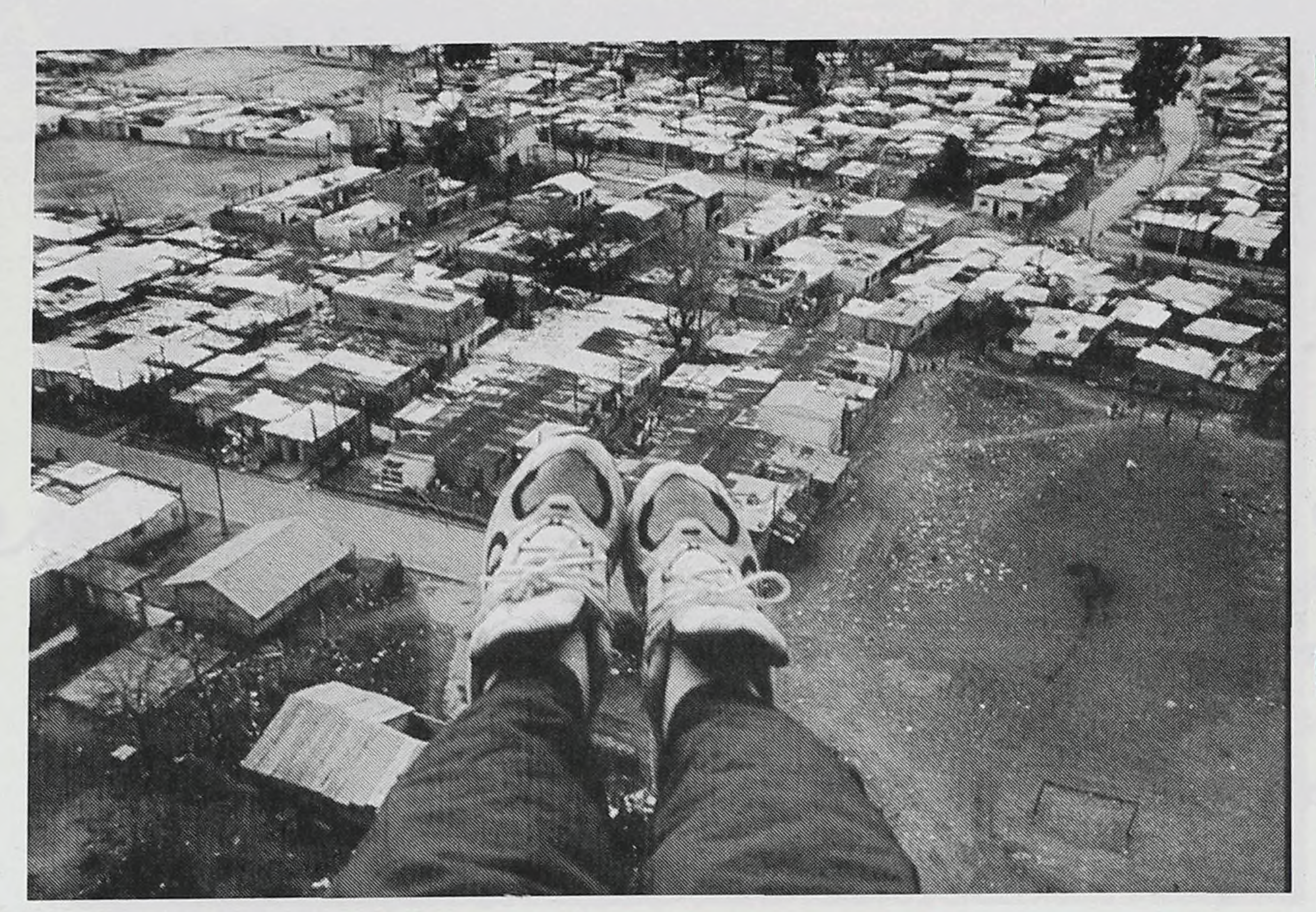
errata

En la última edición de este suplemento, en las páginas 14 y 15, fue publicado un reportaje a Mercedes Morán. Por un error que lamentamos, la nota apareció firmada por Moira Soto, cuando en realidad había sido realizada por Sandra Chaher. Ocurre en las mejores familias, lo cual en realidad no significa nada. Disculpas a las involucradas.

feria del Sol

Del 17 de agosto al 10 de septiembre se realizará, como todos los años en el Palais de Glace, la octava Feria del Sol, organizada por la Asociación Amigos del Museo Nacional de Bellas Artes, con la finalidad de colaborar con el mantenimiento y las actividades del Museo. Ciento veinte expositores participarán de un espacio que les permite abrirse al mercado nacional e internacional. El año pasado visitaron la Feria más de ochenta mil personas. Para esta edición, el tema central elegido es la madera: por eso, la Feria presenta el Proyecto Vinal, cuyo objetivo es lograr un manejo forestal racional, basado en la sustentabilidad. Como siempre, los artesanos de todo el país realizarán sus trabajos a la vista del público.







TAMARA PINCO

DIEZ HISTORIAS INTENSAS

Patricia Rojas es periodista y acaba de publicar un libro en el que hace constar los testimonios que trabajosa y dolorosamente reunió entre chicos menores que viven en el submundo del delito. El respeto por los entrevistados le hizo darles un espacio excluyente, en el que apenas aparece la voz de la narradora. Una manera de devolverles la voz.

POR **SANDRA CHAHER**

En la crónica de Medellín que hace la periodista mexicana Alma Guillermoprinto en *Al pie de un volcán te escribo*, cuenta que un día se sentó en la guardia del hospital más importante de la ciudad y empezó a contar los muertos que entraban, eran muchísimos. Yo hice lo mismo, me fui al Santojanni, que era del que más me hablaban en Ciudad Oculta, y si bien no vi lo mismo, me impresionó bastante. Y pocos días después, a un chico que estaba internado con una herida de bala en la rodilla, entraron y lo liquidaron. Eso pasa todo el tiempo en Colombia. Después, en abril del '99, con el libro empezado, estuve en Colombia, y me fui hasta Medellín a contactarme con Alonso Salazar, un sociólogo que pone la cámara en el monte y la gente se para delante y habla. El estaba sorprendido de no haber escuchado jamás el testimonio de ningún chico que robara en la Argentina, y me dijo que sin esas voces era imposible entender nada. Cuando volví, la forma que tendría el libro estaba clara. Yo quería que ellos tuvieran la voz. Y además yo no soy escritora, reivindico el lugar de la transmisión. Pero de todas formas creo que hay una idea política que está explicitada en el prólogo: cuando los intereses se despegan de la voz de los involucrados, las cosas empiezan a andar mal."

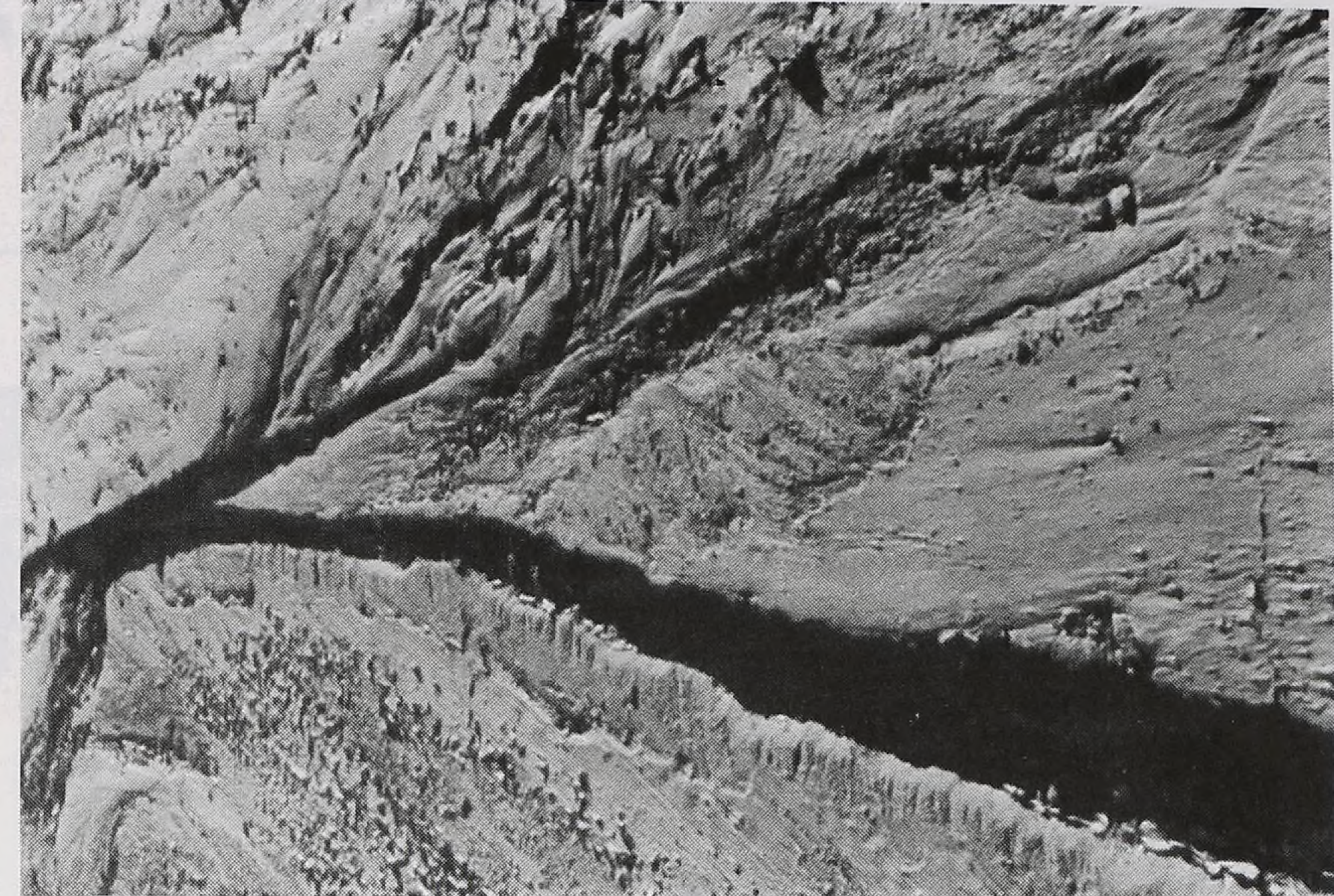
Patricia Rojas hace la primera pausa. No había habido hasta entonces preguntas. Dispuso el té y el café en su departamento céntrico, se sentó en un puf colorado y empezó a hablar. Por momentos se quedó pensando, a veces los ojos se le llenaron de lágrimas. "Siento que percibí otros matices de la violencia: que está mucho más cerca, que no sale en los diarios. Fue un año oscuro, un viaje para adentro. Había momentos en que se morían pibes, o gente cercana a los entrevistados, y yo pensaba 'No sigo'. Y estaba convencida que lo que tenía que quedar era su voz porque ellos nunca hablaban en los medios, aparecían siempre con pasamontañas y masificados, como si fueran todos lo mismo", dice haciendo un gesto amplio con sus manos menudas. En enero del 2000, Patricia terminó de escribir *Los pibes del fondo. Delincuencia urbana. Diez historias*. Las teclas de su computadora dejaron constancia de testimonios y vivencias con uno de los mayores grados de objetividad que se le puede pedir a un periodista. Apenas un par de veces aparece su voz, como cuando Juan le cuenta cómo le balearon la cabeza mientras robaba una farmacia y le dice que le toque el agujero que le quedó. "Para qué lo toqué", es la única expresión que ella se permite. Y lo deja ahí.

Hace un año, Patricia Rojas era una periodista joven que lentamente consolidaba una buena carrera. Había participado del lanzamiento de larevista *Viva*, de Clarín, y se quedó hasta que su directora, Claudia Acuña, la llamó para sumarse al staff inicial de la revista *trespuntos*, codirigida por Acuña y Gabriela Cerruti. Allí hizo, por iniciativa de Acuña, la nota que originó este primer libro. Un chico de trece años, Bananita, había baleado en una pizzería de Ezeiza a dos personas. Patricia no pudo entrevistar a Bananita, los jueces no la dejaron con el argumento de "protegerlo", "pero yo creo que eso es relativo –argumenta hoy– porque no llegar a él es no darle la voz". Así que reconstruyó la historia del chico describiendo a su familia, su barrio, el entorno. Esa pista alertó a Fernando Fagnani, del Grupo Editorial Norma, que la llamó y le dijo "yo quiero un libro con historias como ésta". Los contactos iniciales no fueron fáciles, pero ver por segunda o tercera vez a los chicos fue peor aún. Después de un año y medio el libro está en la calle. De veinticuatro testimonios quedaron diez, "son diez personas muy alegres, tipos que te dicen que las piernas no les dan más para robar y que están seguros que algo van a encontrar". Todos robaron; dos mataron; sólo uno, G., tuvo una vez un trabajo fijo; y ninguno terminó el secundario. Del pilón de estadísticas que ella manejaba puso pocas en el prólogo, y la que más la sorprendió es que casi el 30% de la juventud argentina ni trabaja ni estudia, la situación en la que están nueve de sus "chicos".

Hace un año, Patricia usaba polleritas tubo, medias al tono, botitas de moda y el pelo carré. Un mes después de terminar el libro se rapó y se tiñó rojo shocking, usa jeans negros gastados, "con los que iba a los barrios", borceguíes, una camperita negra de algodón y debajo, apilados, un sweater, sobre un buzo, sobre una remera. Dos veces la asaltaron frente a la que fue la cancha de San Lorenzo, una vez con una escopeta. Conoció madres que pegaban a sus hijas cuando nadie las veía; otras que enloquecían cuando los chicos caían en cana; madres y novias haciendo cola en los institutos de menores semana tras semana; padres y novios ausentes si las que caían eran las chicas; padres que salían a robar con sus hijos; familias desintegradas porque varios de sus miembros estaban presos; chicas que se quejaban porque querían ir a robar y los chicos jefes de banda no las dejaban; la droga y la maternidad como excusas o proyectos de vida. "Todavía no veo bien en qué me cambió este libro... pero me siento más firme para defender una nota, sobre todo en este momento en que los medios se cuidan tanto de poner demasiadas notas 'down' por número."

G., sexta generación de chorro, padre de un nene al que él mismo fotografió en el libro con un chumbo en la mano, el único que lee libros, que fue presidente de su centro de estudiantes hasta que dejó en tercer año, "el más lúcido de todos, con el que hacíamos bromas sobre si nos íbamos a volver a ver y por eso yo lo exprimía en cada encuentro", que ahora está fugado porque tiene cuatro años de condena persiguiéndolo, le dijo: "Sueño con gente que no está. Siento que me hablan, me dicen que me cuide. Todos los que se van, vuelven a saludar (...). Es lo único que yo podría decir que todavía no puedo entender de mi vida."





FOTOGRAFIA

desolada ARGENTINA

Lucila Bensasson de Pasqualini es arquitecta, ambientadora y fotógrafa. Durante julio, algunas de sus fotos pudieron verse en el Centro Cultural San Martín, en el que expuso una serie de imágenes que revelaban la desolación, la vastedad y el abandono de la Argentina profunda.

POR **ANGELA PRADELLI**

Durante julio se realizó en la sala Enrique Muiño del Centro Cultural San Martín, una muestra que reunió fotos de un paisaje argentino que subraya la vastedad solitaria y a veces imponente de nuestro territorio. La autora, Lucila Bensasson de Pasqualini, señala en su obra la creciente desolación y la progresiva desaparición de la vida en algunas zonas del interior del país. El cuarto piso del Centro Cultural San Martín fue visitado durante esos días por muchísimas personas, que al recorrer esas fotos hicieron también un itinerario por aquellas porciones olvidadas de nuestro territorio. Lucila Bensasson de Pasqualini es, además, arquitecta y ambientalista. Inició su formación en la fotografía en el Fotoclub Argentino con Ataúlfo Pérez Aznar, Esteban Marco, Julie Weisz y Javier López Rotela y participó en la muestra de Sisley Gallery de Nueva York.

–¿Por qué estos paisajes?

–Hace mucho que viajo por el país y lo que fui viendo a través del tiempo es cómo este territorio tan vasto está cada vez más despoblado. Uno cuando viaja ve muchas fábricas cerradas, o lugares que han sido de esparcimiento y que ya no funcionan. En algunos casos se nota que han sido importantes para la vida de ese pueblo y, sin embargo, la gente los ha abandonado. En los pueblos queda la gente mayor, los jóvenes se van a buscar "mejores horizontes". La desertización es concomitante con la depredación que hacemos de los lugares. Pero en realidad, nunca pensé un porqué en el momento de sacar las fotos. Frente a determinados paisajes tengo la necesidad de hacerlo. Lo que sí me interesa trasmitir es el clima que yo siento en ese lugar. Recién entonces busco el punto de vista y la luz. Pero lo hago sólo para que cuando se vean las fotos se capten también las sensaciones.

–Hay muchas fotos de la Patagonia, de pueblos que parecían tan prósperos hace unos cuantos años atrás.

–Sí, la Patagonia tuvo muchos avatares naturales como el famoso volcán con la ceniza, las epidemias, los problemas climáticos. Es increíble, pero uno toma un camino y puede estar dos días sin cruzarse con nadie. Eso pasa en la provincia de Santa Cruz, por ejemplo, en la ruta 40. Allí hay una desertización natural, no provocada por el hombre. Pero esos lugares también existen en otros países y sin embargo los transforman en espacios fértiles, aptos para el cultivo, se implementa con una tecnología mínima.

–¿Por qué nunca aparecen personas en tus fotos?

–Nunca saco gente y no sé muy bien por qué. Lo he intentado algunas veces pero no fueron buenas fotos, no me gustaron porque creo que parecían forzadas. Las personas finalmente hacen poses para las fotos y eso arruina todo. Por otra parte, si bien cuando uno saca fotos saca cosas ajenas y externas a uno mismo, las mías nacen de mi interioridad.

–Fue una muestra a la que asistió mucha gente.

–Sí, por suerte sí. Mucha más de la que yo pensaba. Por eso ahora, a raíz del éxito de público me invitaron a llevar la muestra al Archivo de *La Nación* y también a un centro cultural de San Telmo. Me dio mucha satisfacción que la mayoría de los que la vieron sintieron lo que yo sentí en el momento de sacar las fotos. La gente vio inmensidad, abandono. Sintió tristeza, soledad y estupor y ésos fueron mis sentimientos en esos lugares. Algunos se acercaron para decirme que ni siquiera sabían que existían estos lugares en el país.

fuerza de donde no hay

POR SONIA SANTORO

Miriam Tejeda tiene 32 años y una pena hondísima desde la muerte de Florencia, su hija, que nunca llegó a recibir el corazón que necesitaba para seguir viviendo. La madre vive su duelo acompañando a las amiguitas de su hija que todavía están a tiempo. Luchar por la donación de órganos ahora le da sentido a su vida.

Miriam Beatriz Tejeda tiene 32 años y la marca inenarrable de la muerte de una hija impresa en un par de ojeras profundas. Algo que estuvo latente durante los cuatro años que Florencia Rossi, de 9 y con un corazón enfermo, esperó el trasplante salvador que nunca llegó. El sábado 17 de junio, Florencia no aguantó más. Y Miriam, que nunca había pedido nada para su hija, decidió salir a pedir por los demás. En vez de recluirse a llorar, eligió dedicarse a ayudar a los chicos que están en lista de espera para recibir un órgano y todavía tienen una oportunidad. Para ella era la única elección posible, "porque –dice– sufrimos tanto... me dieron tantas puñaladas juntas, tan rápido y me dolió tanto, que no quiero que otra mamá sufra de esta forma". Por eso, a una semana de la muerte de su hija, no se permitió faltar al coro del Incucai, al que iban las dos todos los sábados. Y ya está organizando una cruzada en Plaza de Mayo para concientizar a la gente sobre la necesidad de donar sus órganos.

En la calle Rivadavia al 1600, en Villa Maipú, San Martín, las casas se levantan sencillas. Apenas el sonido de un auto que pasa esquivando los pozos rompe el mutismo del barrio. Puertas adentro, en la de los Rossi, sin embargo, hay un bullicio suave pero constante. Están, además de Miriam y Luis, su marido, sus otras dos hijas, Julieta, de 10 años, y Yanina, de 14. Y, por el momento, una hermana de Miriam con su hija. "Te voy a mostrar a Florencia", dice Luis, y saca un álbum de fotos exclusivo de la nena. Miriam se acerca a la mesa y el tema fluye solo; no es el dolor ni la pena, es la bronca. Están furiosos porque en una serie televisiva se habló de tráfico de órganos justo la noche en que Florencia había entrado en emergencia nacional y ellos rogaban porque llegara el corazón que pudiera alargar su vida. "Hace cuatro años que venimos luchando para concientizar a la gente, explicándole que no la van a matar para sacarle los órganos, para que (Adrián) Suar haga un programa como *Primicias*, que se ve muchísimo, y toque mal el tema", se enoja Luis. "Hay que vencer los mitos que tiene la gente –agrega Miriam– porque si no donan no hay trasplantes, si los médicos no tienen el órgano en la mano, las alternativas se acaban y los chicos se mueren."

Lo más lógico, quizás, hubiera sido que Miriam se apartara de lo que desde hacía cuatro años era su causa, ya que a pesar de todo su trabajo, su hija no pudo salvarse. Sin embargo, ella no lo ve así. El 24 no hubo nada que pudiera detenerla. A las dos y media de la tarde, como todos los sábados, desde hace cuatro años, fue al coro del Incucai, del que participan, principalmente, los chicos que están en lista de espera para ser trasplantados y sus padres. "Yo tenía que ir sí o sí porque sus amiguitas ya dijeron 'mami, si Flor se murió me voy a morir yo también'. Entonces, yo no me puedo poner mal delante de estos chicos. Les tengo que demostrar que tenemos que seguir", dice, convencida de que tiene que trabajar muchísimo. "Hace tres años que no hay trasplantes de chicos porque la gente no dona", asegura.


TAMARA PINCO

El lunes 19 –a dos días de la muerte de su hija– ya había estado en un programa de televisión pidiendo que donen un riñón para Noelí, otra nena a la que los días se le acortan. Y toda la semana no paró, con una meta concreta como guía: hacer algo por los demás. "Desde que murió Florencia eso es lo importante para nosotros; en esta vida vamos a hacer algo positivo. Yo no quiero nada, no quiero cambiar las cuatro sillas de distintos colores que tengo, quiero que aunque sea dos o tres personas digan de mí 'estoy agradecida porque vos te ocupaste de querer hacer algo por mi hija'", dice.

Cada vez que sale de casa, Miriam lleva –como si se tratara de una parte más de su cuerpo– un libro de actas que le provee Cucaiba, en el que la gente puede registrar si quiere donar sus órganos. Luis tiene uno en su oficina. Y también están a mano en toda la casa. Allí el teléfono no para de sonar. Viven pendientes de cada uno de los chicos que esperan, como lo hizo Florencia: de cómo amaneció hoy, si a alguno le falta medicamento, si algún padre no tiene plata para ir al médico u, otros, ni siquiera para comer. Por eso otra de sus luchas es para que se les conceda una pensión a las familias que tienen un enfermo en lista de espera. "Los políticos no se dan cuenta que este tipo de gente necesita un montón de ayuda", opina Luis. Y recuerda las veces que contaban las monedas para comprar una leche especial para Florencia o cuando les cortaron el teléfono por falta de pago, justo en el momento en que más lo necesitaban.

ATRÁS

Florencia había nacido el 8 de enero de 1991 con una cardiopatía congénita. A los tres años le realizaron una operación a corazón abierto de la cual nunca quedó bien. Y desde el '96, estaba en lista de espera para recibir un corazón sano. "El primer año lo único que hicimos fue llorar y lamentarnos. Y un día dijimos 'basta de llorar, tenemos tres hijas, disfrutemos'. Y ahí empezamos a remar y a remar", explica Miriam.

Florencia caminaba media cuadra y se fatigaba, por lo que tenía una silla de ruedas para moverse y oxígeno para los casos extremos. Con 9 años, 20 kilos de peso, una sangre difícil –A negativo–, y un corazón ya operado y muy exigido, en cualquier momento podía desencadenarse lo peor. Eso ocurrió el domingo 11 de junio y se manifestó en forma de falta de calcio. Con el paso de los días su situación se fue agravando y la internaron en el Hospital Italiano. Sus padres pensaron que era una de sus tantas recaídas, ya estaban acostumbrados a dormir en las camas del hospital y conocían cada habitación como su casa. Pero no fue así, y pasó lo que Miriam había rogado no sucediera jamás. El jueves 15, Florencia pasó a la lista de emergencia nacional: lo único que podía salvarla era el trasplante. Pero el corazón nunca llegó y Florencia falleció a las tres de la madrugada del sábado.

Los planes futuros son concretos. Llevar a los amiguitos de Florencia al teatro, darles diversión. Regalar la silla de ruedas y sus remedios. Seguir visitando iglesias, escuelas, fundaciones para que la gente supere los miedos que la palabra donación acarrea. Y hacer en Plaza de Mayo "un movimiento lindo, con chicos, con globos, con corazoncitos y poner mesas para que la gente done", enumera, incansable, Miriam, que parece que tiene miedo de parar y de esa forma apartarse de lo que ella considera la lección de vida que le dejó Florencia.

La psiquiatra Elsa Wolfberg se ocupa de estudiar y aliviar la tensión de la que son víctimas los médicos y médicas que diariamente están en contacto con situaciones límite. Los más expuestos son los de las terapias intensivas y las guardias. Los hace más vulnerables la imposibilidad de hablar sobre la angustia que les genera su trabajo.

SOCIEDAD

La salud de los médicos

POR SANDRA CHAHER

Dad palabras al dolor
la pena que no habla cuchillea
al corazón demasiado cargado
y lo invita a romperse (Macbeth).

La psiquiatra y psicoanalista Elsa Wolfberg lee con los anteojos en la punta de la nariz el extracto de Shakespeare. "Expresan mucho lo que queremos conjurar", justifica. Como alquimistas medievales, quisieran transmutar el dolor, las angustias y el estrés que ven en el personal de salud en una mejor calidad de vida. Wolfberg preside desde comienzos del '99 el departamento de psiquiatría preventiva de la Asociación de Psiquiatras Argentinos (APSA), y la tarea que se propuso junto a un grupo de colegas fue investigar el estado de salud de quienes tienen como interlocutores diarios al dolor y la muerte. "Los médicos, las enfermeras, son sujetos de riesgo. Hay un imaginario social que piensa que los periodistas o los camioneros pueden tener estrés, pero no los médicos. Hay que tener en cuenta que no sólo son proveedores de salud sino que necesitan ser receptores de cuidados. Pero ni ellos registran el efecto del medio laboral y social sobre su psiquis y su cuerpo. Hacen disociaciones bio-psico-sociales: separan lo físico de lo emocional y de lo social."

El trabajo de APSA no es innovador. Hubo diferentes grupos de psicólogos y psiquiatras que ya investigaron en instituciones públicas y privadas con el personal de salud. Los resultados fueron parciales, nunca fue un tema en la agenda de salud pública. Como hoy Wolfberg y sus colegas, la mayoría de quienes los precedieron lo hicieron ad honorem. Este equipo se propone sensibilizar a algún organismo estatal o privado que les financie la tercera y más ambiciosa etapa de la investigación. Hasta ahora, se informaron sobre el tema con quienes habían incursionado antes que ellos; y actualmente están en la fase dos, que es el armado de una encuesta informal que les dé una primera aproximación a la población con la que trabajan y ya la puesta en práctica de los grupos de reflexión, que por el momento es el eje del trabajo. Con personal de los hospitales Vélez Sarsfield, Pirovano, Clínica, Fernández y con alumnos de la Facultad de Medicina arman ocho reuniones en las que el objetivo es "plantear los problemas que ese grupo tiene, pero el foco no es la relación médico-paciente, si bien puede aparecer, sino los conflictos con la institución; tratar de captar una dimensión que tiene que ver con la organización del trabajo, y que cuando es disfuncional acarrea tensiones jerárquicas; la falta de control sobre la tarea; o la autoridad insuficiente. Y un puntofundamental es resaltar las capacidades positivas del personal, que a veces ni se da cuenta de que las tiene".

¿Qué síntomas detectó APSA para interesarse en el tema?

–Colegas que se cancerizan, se infartan, se accidentan, muchas veces por distracción. Y si bien sucede en todos los sectores –pediatras, psicoanalistas, cardiólogos–, parece que quienes están en las emergencias, guardias y terapia intensiva son los más afectados. Son los más expuestos a la angustia de situaciones límite; no sólo de personas que se pueden morir sino que el personal de guardia está envuelto en situaciones de angustia, violencia, accidentes, a veces hay policías. Entonces, la sospecha era que somos población de riesgo. El médico siempre tuvo un trabajo desregulado, pero desde que la salud se ha vuelto una mercancía, está sujeto a una serie de presiones que van más allá de que tiene que acudir a cualquier hora del día a ver a un paciente y de que su jornada laboral es desproporcionada.

¿Qué presiones se suman hoy?

–A nivel hospitalario, entre el '93 y el '98 –según una estadística del Indec– hubo un aumento del 56 por ciento de población que se atiende en hospitales. Y este incremento de pacientes no tuvo un correlato en el aumento de personal de atención; es más, éste se redujo. Con lo cual se atiende a más gente y peor, aumenta el estrés y el médico se siente degradado. En las prepagas esto ocurre tanto más porque se tiene que atender en el menor tiempo posible el máximo de personas, por una paga por lo general baja, porque se debe responder a criterios de rentabilidad. De forma que la otra presión que los médicos soportan son los juicios por mala praxis. La situación hoy es de extrema desprotección. Esto se relaciona con una corriente mundial que involucra a todas las profesiones y oficios que tramitan de alguna forma el estrés psicosocial. Es bueno pensar a los médicos específicamente en el contexto de quienes están entre las personas que sufren y las instituciones, y tienen presiones de los dos lados. Además de las propias: primero, del modelo ideal por el cual su vocación los llevó a estudiar carreras reparatorias; segundo, porque tienen que aggiornarse permanentemente, lo cual requiere tiempo y dinero; y tercero, de ser una figura investida de autoridad y respeto se ha convertido en un empleado mal pago de las prepagas, y esto los pacientes lo saben y actúan en consecuencia, con lo cual la autoestima del médico se ve afectada. Todo esto es una peligrosa combinación.

Hace veintipico de años se describió el síndrome del *burnt out*, del quemado, que significa que estas cosas que yo comento resultan en un nivel de desgaste, decepción, toma de distancia con los contenidos emocionales de la tarea, a veces por defensa, aunque sea una mala defensa, porque es negadora y no necesariamente los mecanismos fisiológicos dejan de hiperactivarse, hay una somatización.

"Hace 35 años que estoy en esto. Mi trabajo no me genera conflictos, pero sí percibí un cambio en el ambiente: angustia en el equipo, problemas personales que se llevan al trabajo, poca paciencia, falta de compañerismo –entre ellos no se perdonan nada, pero no por competencia sino por intolerancia–, no hay comunicación. En fin, hay un clima de hostilidad. Esto les sucede sobre todo a los jóvenes, pero la gente de mi edad también es

FOTOS: TAMARA PINCO

generadora de conflictos, y además ya tuvieron infartos y problemas coronarios. Y, casualmente, los que más problemas tenían fueron los que menos concurrieron a las reuniones de reflexión. Hoy las asperezas se limaron un poco, incluso se pidieron más reuniones con los psiquiatras. Yo particularmente soy hipertensa, pero es de arrastre, desde la época de guardia. Ya lo había relacionado con el trabajo, porque cuando estoy de vacaciones no me molesta. Y los días en que hay tranquilidad en el servicio estoy optimista, de buen humor. Lo que pasa es que trato de mediar en las violencias y las agresiones, y eso me estresa más." (Noemí, 65 años, obstetra.)

La tercera etapa de la investigación de APSA es hacer una investigación profunda y totalizadora que establezca, entre otros factores, si el personal de salud es una población con afecciones particulares, cuáles son las patologías prevalentes, si hay mortalidad precoz y si la morbilidad es similar a la de otros sectores de la población. "Muchas veces, las tensiones –explica Wolfberg– no son solamente por el carácter de las instituciones o los pacientes sino que también hay situaciones difíciles entre los médicos, que pueden llegar hasta el pugilato, no es chiste."

¿Esto está aumentando?

–Sí. Por las razones que ya nombré, pero también hay otras, como la tendencia de algunos médicos de derivar a pacientes hacia sus prácticas privadas, y hay otros que consideran que esto no es correcto. Hay cuestiones éticas que también forman parte de las presiones que al médico lo pueden hacer sentir insuficiente. ¿Qué pasa con un paciente agonizante, cuánto se prolonga la vida o cuánto se le ahorra el sufrimiento? Es un tema no resuelto. Más allá de lo que ocurra en la práctica, los médicos tienen muy subrayado el curar y no el acompañar y el cuidar, que son las dos conductas del asistente con un agonizante, lo que actualmente se llama cuidados paliativos y que deberían estar más difundidos en nuestras instituciones. Es como si la muerte fuera un fracaso de la medicina y hubiera que impedirla a toda costa.

"Se me ocurrió que podía ser útil que un grupo así funcionara en mi servicio. Uno se va haciendo a los ponchazos, viendo situaciones de pacientes difíciles y llevando esta angustia a los pacientes y a la propia casa. Hubo varios enfermos serios y yo vi que a los médicos jóvenes les costaba mucho estas situaciones. En mi servicio hay 25 mujeres y dos hombres, y ellas están todo el día en contacto con sus propios chicos y estaban muy desprotegidas. Porque en la facultad nadie te enseña cómo elaborar un duelo cuando un chico está mal, ni cómo manejarlo con el chico y la familia. Estás un poco solo, y cuando son los primeros pacientes lo que sentís es un fracaso muy intenso y querés dejar todo, y es importante que el médico sepa que hay cosas que puede mejorar y otras que no. Yo convoqué a este grupo porque no quería que la gente joven dejara la profesión." (Rubén, 54 años, pediatra.)

EL ARQUETIPO

El **salame**

POR S.R.

Como embutido tiene lo suyo, pero como arquetipo, no huele bien. Hay mujeres cuyo estilo y capacidad selectiva innata las ha librado del lamentable encuentro con el salame, pero hay épocas en las que hasta la más pintada está despintada, con la guardia baja, con las endorfinas altas o tan necesitada de un poco de ala arrastrada que liga con cualquiera, hasta con uno de éstos.

El giro despectivo "uno de éstos" obedece a la profunda irritación que despierta en un alma sensible, e incluso en una mujer normal, un tarado que encima está convencido de que no le entendemos los chistes, que somos unas amargadas o que no sabemos disfrutar de la vida.

Todo salame se cree una sabrosa chuleta por la que por lo menos cuatro o cinco perritas chocarán sus hocicos al disputársela. La *salamidad* es una condición que no respeta clases sociales (ni géneros, pero eso no viene al caso). Si es un seco, anda en su Dodge 1500 '89 al que no le falta ni el superestéreo del que mana a chorros música tropical ni las alarmas que suenan al captar un estornudo en la otra cuadra. Si es rico, será de los ricos que quieren que todo el mundo sepa que son ricos. Manejará su Alfa Romeo o su Honda Civic después de haber meditado tres fines de semana enteros si pedirlo con vidrios polarizados o no (es que lo atraía sobremanera jugar al 007, pero al mismo tiempo no quería dejar de ser visto y admirado manejando el portento).

Puede ser bruto o ser intelectual. Si es bruto, se revelará un salame en todo su esplendor alineando en sus comentarios todos los lugares comunes del mundo, como que la familia es lo primero, que los chicos son locos bajitos, que este país está lleno de vagos, que hay mujeres para casarse y mujeres para la porquería, que no somos nada o que en primavera dan ganas de enamorarse. Si es intelectual, dirá exactamente lo mismo, pero en un estilo más florido, y para colmo acompañando sus aseveraciones con respaldo de Schopenhauer.

Los momentos de intimidad con el salame pueden tolerarse. No nos sacará chispas, pero puede que esté inspirado o que su fuerza bruta compense en esa escena nuestra fuerza de voluntad por mantenernos aparentemente entusiasmadas. Lo que no se resiste con el salame es la charla posterior, y ni hablemos si se trata de un salame cariñoso que nos invita a cenar o nos llama por teléfono. Incluso, puede que una pelea con el salame sea jugosa –por fin nos luciremos en una discusión, por fin nuestros argumentos serán sólidos y dejaremos sin palabras a nuestro circunstancial adversario, por fin nos sentiremos damas dignas y no mascotas falderas de esas que lloran para que las dejen dormirse a la vera del amo–, pero lo que definitivamente será imposible es el humor. Cero complicidad, cero sagacidad, cero ironía. Cero pimienta, puro vapor. Y el amor sin humor, chicas, es como un sandwich sin pan.


IMAGE BANK

TALK SHOW POR MOIRA SOTO



una **madre**

Amores difíciles los de madres e hijas, en la vida y en la ficción. Amores que se complican aún más para la actual generación de mujeres adultas, de treintipico para arriba, que han intentado no convertirse en dobles de sus progenitoras, no quedarse en el molde largo tiempo preservado y fomentado. En el cine hemos visto durante la última década ajustes de cuentas y, a veces, reconciliaciones de madres e hijas de estas dos generaciones en muchos casos tan dispares: en *La visitante del invierno*, donde debatían y se batían Phyllida Lae y Emma Thompson (madre e hija también en la vida real); *Recuerdos de Hollywood*, que proponía la improbable pareja maternofilial Shirley Mac Laine-Meryl Streep (en los roles –camuflados– de Debbie Reynolds y Carrie Fisher, sobre libro de ésta) en franco tren de rivalizar; en *El espejo tiene dos caras*, Barbra Streisand –pese a ser asimismo la directora– no lograba opacar el resplandor crepuscular de la superdiva Lauren Bacall.

Todas estas madres, sin embargo, en cierta medida debido a las actrices que las interpretaban, venían con diversas cuotas de glamour y carisma estelar incorporados. Algo que no sucede en lo absoluto con la coproductora de *Solas*, el film de Benito Zambrano estrenado esta semana: María Galiena encarna con total propiedad –física y psicológica– a una doña Rosa de pueblo chico, que no se viste de diseño, con su pelito sin teñir cortado en la peluquería de la esquina, la curtida cara –a la que apenas habrá aplicado algunas cremas caseras– realmente lavada, blusitas clásicas, la silueta desdibujada... Rosa, de sesentipico largos, es uno de los personajes más genuinos y conmovedores de mujer que se haya visto en los últimos años.

"Benito ha dignificado a estas mujeres que ahora no están de moda porque no se rebelan y ni siquiera se plantean la lucha", ha declarado esta sevillana profesora de Historia del Arte durante treinta y cuatro años que –a la vejez, cambiazo– en los '80 empezó a trabajar en cine porque unos chicos andaluces le pidieron que hiciera de madre en una peli que "tenía chispa". La vio el director José Luis García Sánchez y un par de años después la llamó para *Pasodoble*. Siguió María Galiena haciendo cosillas en el teatro y el cine, secundarios más o menos relevantes, hasta que llegó la consagración –elogios, premios– con *Solas*. Un film en el que volvió a hacer de madre. Pero qué madre, señoras mías. Una madre por la que peleó a brazo partido (el realizador quería un aspecto más de campo, más encallecido todavía).

En *Solas*, María Galiena es una ama de casa que llega a Sevilla acompañando a su marido, que necesita ser hospitalizado. En un barrio marginal de la ciudad vive su hija María (gran actuación de Ana Fernández), de 35, que –al igual que sus hermanos– ha escapado del despotismo paterno. Madre e hija se cruzan brevemente en el modesto departamento donde vive la joven. Hay tensión y reproches en el aire, pero también empieza a circular una cierta ternura subterránea. Rosa ha aceptado lo que creyó sinceramente que era su destino (y que incluye los golpes de su marido) y, aunque no entiende del todo el rencor de María, trata de suavizar rispideces y de expresar discretamente su amor. "Mi personaje ni siquiera ha vislumbrado otras opciones", dice Galiena. "Apenas es libre para administrar las pequeñas cosas de la vida cotidiana." Como ese tejido con el que regala a los que quiere, o esas sopas que alcanza al viejo vecino enamoradizo. Entretanto, María recae en el alcohol, hace un trabajo de limpieza que le lastima las manos y el orgullo, y se queda embarazada a su pesar... Aunque el padre –contra el deseo del público– se repone pronto y Rosa parte con él, la estela bienhechora de esta mujer sencilla e inocente permanece y fructifica. Sin ceder en su rebeldía, María entreabre su coraza. (En la foto, María Galiena y Ana Fernández en una escena de *Solas*.)